

50

J. GARLAND CADAVER EN EL ESPACIO

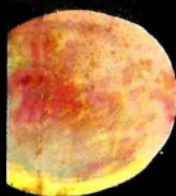
S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

CADÁVER EN EL ESPACIO



**JOHNNY
GARLAND**



AVNE

SIP



CADÁVER EN EL ESPACIO



Cadáver en

El espacio

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 14.092 - 1960

Número de Registro: 5.789 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

CADÁVER en el ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

MACABRO HALLAZGO



AS manos del operador de a bordo pulsaron el transmisor espacial de radio. Las palabras fueron transmitiéndose, a través de miles y miles de millas, hacia la potente estación receptora de la tierra, con la que la astronave policial tenía constante, comunicación directa.

A través del espacio planetario y de las distancias universales, las pulsaciones fueron llegando al teletipo, grabando el mensaje enviado por el agente de la Patrulla Móvil número diez:

«CUERPO EXTRAÑO, REGISTRADO EN PANTALLAS DE RADAR, SIN LOCALIZAR AÚN. ESPERAMOS INSTRUCCIONES. NO HAY METEORITOS NI CUERPOS CELESTES DESUSADOS. NUESTROS DETECTORES REGISTRAN CUADROS. TOTALMENTE NEGATIVOS.»

Momentos más tarde la respuesta procedente de las estaciones terrestres llegó al aerocohete de la *Spacial International Police*. Clara y concisa:

«SUSPENDAN INVESTIGACIONES DE BÚSQUEDA. REGRESEN A SU BASE.»

Keith Nelson suspiró, cerrando el emisor-receptor radioespacial, Se volvió al piloto Wilcox, agitando una mano.

—Volvemos, muchacho. La superioridad opina que ya hemos rebuscado bastante esa cosa rara que, posiblemente, no fue sino un cuerpo celeste errante que se desintegró más tarde.

—De ser así, ¿no crees que las pantallas de radar de los satélites hubieran registrado el fenómeno también?

—Es posible. Pero uno nunca sabe lo que puede hacer un cuerpo extraño en el espacio. Por mucho que sepamos del Cosmos hoy en día, nunca es lo bastante, al lado de todo lo que ignoramos.

—Sin embargo, Nelson, no creo que, fuese lo que fuese, signifique un peligro para nadie. Según las detecciones del radar, era un cuerpo pequeño. Acaso un simple fragmento de algún cuerpo mayor, pasando ante las ondas de radar, antes de desaparecer, disuelto o atraído por algún planeta o asteroide, a su campo magnético.

—Tal vez, Wilcox. — Nelson se encogió de hombros, virando la nave, con el rumbo hacia la Tierra —. De todos modos, hemos terminado la tarea de este viaje de investigación,.. Y eso me gusta, ¿sabes? Tengo una boda para mañana mismo, la de mi primo Herbert. De haberse prolongado mucho este viaje espacial, hubiera tenido que permanecer ausente de ella.

—A mí no se me casa ningún pariente — rio Wilcox —. Pero tampoco me disgusta volver. He prometido a mi novia ir a la Ópera esta semana. En nuestro trabajo uno nunca puede hacer planes, pero creo que ahora podré llevarla.

—Sí, pero no cantemos victoria todavía — suspiró Nelson, contemplando el espacio, salpicado de astros y de luces, a través del enorme semicírculo del visor frontal —, Aún no estamos en la Tierra.

— ¿Qué quieres decir? ¿Temes que todavía pueda, ocurrir algo inesperado?

—No sé. Lo inesperado puede ocurrir siempre.

Y mientras uno no siente que el tren de aterrizaje no se desliza

por la superficie del espaciódromo, no está todavía seguro de que el viaje ha terminado, y con él la misión encomendada.

Wilcox frunció el ceño, pensativo. Asintió, luego, contrariado por lo que tal vez era no sólo advertencia pesimista de su compañero, sino también un presentimiento de lo que podía suceder en los minutos siguientes.

Y ese algo sucedió.

Habían recorrido cosa de diez mil millas a través del negro vacío tachonado de astros. Siempre en regreso hacia la Tierra, terminada oficialmente la tarea. Mientras Keith Nelson manejaba los complicados mandos de la pequeña nave biplaza, Lee Wilcox, ante el emisor-receptor de radio y las pantallas de radar, manteníase siempre en su puesto. Ambos agentes eran demasiado conscientes de su propia responsabilidad, para olvidarse de que la vida humana en el espacio, lejos de la sólida superficie terrestre, dependía casi por completo de las precauciones del propio hombre, cuidando de su seguridad con absoluta y firme constancia.

El error de un cálculo, el fallo de uno de los controles o mandos de a bordo, o el descuido en la contemplación de los detectores que iban marcando fielmente todos los obstáculos e irregularidades a lo largo del viaje, podía originar la catástrofe. Y una hecatombe, en aquellos niveles del espacio, era la muerte. Muerte atroz, terrible, lejos de todo auxilio. Incluso en una era en que las distancias apenas si significaban algo, el hombre no podía llegar a tiempo de impedir un siniestro trágico en las zonas siderales alejadas de la Tierra.

Ellos lo sabían. Por eso ambos manteníanse firmes, al frente de sus respectivas obligaciones. Desde que ingresaban en el SIP, fuese como agentes especiales, con misiones de gran trascendencia, o como simples técnicos o pilotos de sus Brigadas Volantes o patrullas espaciales de control, para mantener el orden, la garantía de las vidas humanas y la seguridad en el espacio, sabían sus responsabilidades. Y las cumplían a rajatabla, anteponiendo el deber a toda otra humana flaqueza.

El cohete se aproximaba a la Estación Terrestre Doce, no lejos de la Luna. Ya llegaban casi a su punto de origen. La tarea terminaba. O eso pensaban ellos. Pero en realidad, no había hecho sino empezar.

De repente, Wilcox lanzó una interjección y señaló vivamente hacia la pantalla circular de radar.

— ¡Mira! —gritó—. ¡Que me ahorquen si no es —Si no es eso ¿el qué? — Preguntó extrañado Nelson, empezando a volverse.

Calló, al advertir lo que señalaba su compañero de vuelo. Vio el puntito de luz pasando con intermitencias por la pantalla de radar, y

el zumbido monocorde, sibilante, que marcaba su paso ante el detector.

— ¡Diablos! — farfulló—. ¿Qué mil demonios...?

Febril, excitado, Wilcox comprobó la frecuencia de la forma detectada en el espacio. Luego, miró sus notas. Leyó en voz alta, con tono ronco:

—Seis-cinco, dos-nueve, seis-cinco, dos-siete, seis-cinco, dos-nueve... Y vuelve a repetir la frecuencia. ¡Es la misma, Nelson!

— ¿La misma de qué?

—Del cuerpo que buscamos. Estamos ante él., ¡y muy cerca!

La mirada de Nelson se hizo escudriñadora, mientras acogía con una imprecación la desagradable noticia del encuentro que podía prolongar su retomo a la base terrestre. Oteó el cielo, ante sí. No encontró otras formas que las lejanas y parpadeantes de los astros, con su luz difusa, de diversas tonalidades y cromatismo.

—No veo nada — declaró —. Esa intensidad de radiaciones, debería corresponder a un punto situado a menos de mil millas de nuestra proa. ¿Qué cuerpo puede ser el que, a tan escasa distancia, no sea visible desde aquí?

—Uno pequeño... y opaco — declaró Wilcox, ceñudo.

Keith Nelson asintió, preocupado. Rápido, movió el control de la pantalla visora, que ampliaba hasta doscientas cincuenta veces la visual, reduciendo el campo de observación, pero ampliando enormemente sus detalles. Hizo desfilar por la pantalla fluorescente del visor toda la panorámica circular del espacio situado ante él.

Súbitamente, centró la imagen, inmovilizando el encuadre en el televisor. Gritó, haciendo dar un respingo a Wilcox:

— ¡Ahí! ¡Ahí está, Lee!

Wilcox se volvió, excitado. Clavó los ojos en el visor. Asintió, frenéticamente, y corrió a comprobarlo con más certeza, muy cerca del receptor de televisión. Señaló la pequeña forma opaca, alargada, que flotaba en el vacío, a no más de quinientas millas de distancia. A la velocidad fabulosa de las naves de entonces, eso significaba apenas unos segundos, para aproximarse al cuerpo.

Wilcox, mentalmente, hizo un cálculo de las dimensiones del cuerpo opaco, según aparecía en la pantalla. Lo que resultó del mismo, no acabó de gustarle. Por ello no dijo nada a Nelson. En vez de ello, se aproximó al compartimiento inmediato. Le avisó, mientras abría la puerta hermética de comunicación:

—Voy a ponerme el traje espacial y el equipo de salvamento.

— ¿Crees que es una nave o un vehículo sideral, que perdió el

rumbo y tiene los motores averiados?

—No sé qué creer. Pero voy a ver lo que sea. Tú acércate, sin forzar la velocidad. Dame tiempo a vestirme debidamente. Una vez alcanzado ese objeto, cualquiera que sea, procura mantenerte a distancia prudencial, que lo ate a nuestra propia fuerza de atracción. Entonces saldré yo a recogerlo. ¿Entendido, Nelson?

—Claro. Ve sin cuidado. Conozco mi oficio lo suficiente para no fallar en la maniobra, diablos.

* * *

Lee Wilcox abrió la compuerta de la nave. Salió de la cámara de descompresión y pisó con las botas adherentes la superficie metálica, bruñida, de la nave. Su cuerpo, vestido con el traje espacial, ceñido y brillante, de flexible plástico, avanzó como el de un titán asombroso, de una novísima mitología, bajo el dosel fantástico de los astros.

Sus ojos, bajo la esfera de cristal irrompible, escudaron el vacío negro, denso, infinito. La astronave se hallaba inmóvil, con los turbo-reactores en su posición de estabilidad, y la gravitación en el punto cero. El objeto hallado en el espacio, aparecía ahora suspendido sobre ellos. Realmente, en el vacío, no existía la parte superior o inferior de las cosas, por carecer del punto de referencia, pero Wilcox veía sobre su cabeza el objeto alargado y oscuro, flotando como un madero en un extraño, alucinante océano negro, salpicado por lejanas fosforescencias astrales.

Puso en funcionamiento su dispositivo de turbo-oxígeno, que disparaba los tubos de su espalda, bajo los depósitos de aire comprimido, y le permitían moverse en el vacío, soltándose sus pies, provistos de las botas metálicas, adherentes a cualquier superficie, para desplazarse hacia el punto elegido.

De ese modo, despidiendo chorros de oxígeno por los tubos, fue lanzado con una velocidad reducida, pegado a la nave por medio de una ligadura plástica que se sujetaba a su cinturón, hasta alcanzar el objeto que era motivo de su viaje exploratorio, y ahora de su difícil y lenta operación.

Aquel objeto sólido, vagando por la inmensa extensión sideral, y que era un peligro manifiesto, por su propio modo de flotar sin rumbo cierto, si en su trayectoria tropezaba con alguna nave o vehículo espacial, había obligado a la Brigada Volante a moverse en busca suya. Si ahora lograba apresarle e introducirlo a bordo de la nave policial, o destruirlo, en el peor de los casos, anulando su peligrosidad, el servicio estaría positivamente cumplido. Lee Wilcox, lo deseaba así, como cualquier otro agente del SIP, o de sus diversas dependencias

subalternas — en realidad la Brigada Volante del Espacio era una de éstas, respecto a la rama central del SIP, que era la puramente investigadora, de agentes especiales y métodos técnico-científicos de investigación, dirigida desde Washington por un hombre excepcional, Donald Callowan.

Por fin se detuvo en su desplazamiento por el espacio. El cuerpo flotante empezaba a escapar a la gravitación, forzosamente ligera, de la nave policial, y se iba desviando hacia la negrura. Wilcox se desplazó un poco más en el vacío. Su cuerpo se detuvo junto al otro. Extendió las manos enguantadas, aferrando fuertemente «aquello».

Lo atrajo hacia sí. Sabía perfectamente lo que era. Lo mismo que sospechara ya anteriormente, al advertir su forma y volumen por el televisor de a bordo. Ahora, no hizo sino confirmar sus sospechas.

Era un cuerpo humano.

El cuerpo de un hombre vestido con traje espacial de color rojo, escafandra ovalada, de vitro-plast, y grandes depósitos de oxígeno, sujetos a su espalda.

Un hombre sin nave alguna ni medio de propulsión. Un ser humano, flotando, como si se hallara sobre las aguas de un mar, en el negro vacío de la noche eterna de los espacios siderales,

Lee Wilcox vio a través de la escafandra su rostro, cuando le enfocó con una lámpara especial. Era el rostro de un hombre.

Un hombre de faz amoratada, violácea por la asfixia, horriblemente deforme.

Un hombre rígido, extrañamente rígido e inmóvil.

En resumen..., un cadáver flotando en los espacios.

CAPÍTULO II

PERPLEJIDAD



O veo qué puede tener de extraño. Ese hombre debió caer de alguna nave espacial. Y, como si fuese en un mar, su cuerpo quedó a merced, del propio vacío. Flotó en él hasta agotar su provisión de oxígeno. Gracias a su equipo hermético y a la auto-calefacción de su uniforme plástico, no murió por congelación, sino por asfixia. ¿Qué hay de anormal en todo ello? Porque la muerte, es evidente, sobrevino por asfixia, ¿no es cierto?

—Asfixia, ciertamente, señor — asintió el experto, agitando el documento de informe científico, donde figuraba el total resultado de los análisis.

—Entonces... ¿qué ven de raro en ello los científicos? Un hombre, errando por el vacío, y mientras no se destruce en el choque con la atmósfera de cualquier mundo, ha de morir necesariamente de asfixia, al agotarse su depósito de oxígeno. En algo elemental.

Tras las palabras de Donald Callowan, hubo una corta pausa. El experto respiró con fuerza, antes de responder, asombradamente:

—Sería elemental, si hubiera ocurrido así, señor. Pero es que no es ése el caso.

— ¿Cómo? — saltó Callowan, enarcando las cejas con gesto de estupor —. ¿No ha sido la asfixia la causa de la muerte?

—Lo ha sido, señor. Pero los depósitos de oxígeno no estaban vacíos ni mucho menos.

— ¿Qué? — Callowan pegó un respingo.

—Hemos encontrado aún en su respirador, aire para veinte horas.

— ¿Algún atasco en la válvula de paso de aire?

—Todo funcionaba perfectamente, la propia escafandra estaba repleta de aire. Pero el hombre estaba muerto. Muerto por asfixia, por ausencia de aire en los pulmones;

— ¡Eso es un disparate!

— Parece un disparate, pero es la verdad. Todas las pruebas y análisis han dado el mismo resultado. Los técnicos del laboratorio fueron los primeros en asombrarse ante ello, y trataron de encontrar el error, la equivocación en alguna parte.

— ¿Y ese error ha aparecido?

No, señor. No hay error. La muerte sobrevino por asfixia. Pero el depósito tenía aire en abundancia. Su cuerpo no sufrió congelación, ni colapso alguno evitó que sus pulmones no admitieran aire. No había atascos en el mecanismo del traje espacial. Todo funcionaba bien. Pero la muerte se originó.

— Carece de sentido por completo. Tiene que haber un fallo en alguna parte de ese análisis. Bien está que sea un misterio la muerte del hombre y su hallazgo, flotando en el vacío, sin que se hayan producido accidentes espaciales conocidos últimamente, ni que persona alguna haya denunciado la pérdida o accidente de un compañero en ningún vuelo espacial. Pero que encima las causas de esa muerte constituyan un puro disparate sin sentido, es ya demasiado — Donald Callowan se incorporó, con una fuerte expulsión de aire de sus pulmones —. Quiero que vuelva a ser revisado el cuerpo de ese hombre, que se analicen debidamente todos los aspectos del cadáver y las razones de su posible asfixia.

— Se hará así, señor. Pero dudamos de que haya nuevos hallazgos que aclaren ese misterio.

— ¿Alguien ha identificado ya al muerto?

— Nadie todavía, señor. Se ha enviado su fotografía por teletransmisión a todas partes. Pero su propia deformación facial, motivada por la asfixia y por el tiempo que llevaba flotando en el vacío, sometido a radiaciones cósmicas y otros fenómenos espaciales, hará muy difícil esa identificación. De momento, no hay notificación ni respuesta alguna que lo aclare.

Donald Callowan asintió con la cabeza, pensativo, mientras el experto salía de la oficina, para regresar a los pabellones de laboratorios del SIP, donde se procedía la labor de investigación forense del cuerpo hallado en el espacio,

Sólo una vez abrió el dictáfono, encargando a la sección correspondiente la búsqueda en los archivos de las personas últimamente desaparecidas, que pudieran adaptarse al aspecto físico, edad y particularidades del cadáver.

Cerró el inter-comunicador. Permaneció con la cabeza entre ambas manos, reflexionando sobre el caso que tenía que resolver. En principio, pese al aspecto raro del hallazgo, no había parecido que éste

encerrase enigma alguno en sí. Ahora, poco a poco, iban complicándose las cosas, y el asunto presentaba aspectos inquietantes.

¿Cómo podía morir asfixiado un hombre que llevase en su depósito de oxígeno, reservas de aire para veinte horas, las válvulas de paso en perfecto estado, y él mismo sin heridas ni colapso alguno que motivara esa asfixia ?

Donald Callowan se había encontrado frente a casos extraños, pero todos tuvieron, de un modo u otro, una razón concreta, un móvil determinado tras su aspecto de aparente desconcierto.

En el actual, ni siquiera podía tener la menor razón para suponer que en la muerte del hombre hubiera mediado intervención humana alguna. No parecía ser un asesinato. Tampoco un suicidio. Nadie se suicidaría, marchándose más allá de la Luna y de su campo gravitatorio, para dejarse llevar por la inercia del vacío, en un viaje eterno por la inmensidad.

Un accidente era la versión más verosímil de todas. Pero, sin embargo, también esa versión ofrecía sus puntos dubitativos. ¿Qué clase de accidente? ¿Qué fue lo que lo motivó? ¿Dónde sucedió ese accidente y por qué?

Suspiró, fatigado. Tenía el SIP otros serios problemas entre manos, tales como la búsqueda de los ladrones de uranio, en el Banco Mundial de Materias Nucleares, el asesinato del presidente de la Sociedad Internacional contra la Delincuencia, y el secuestro de las bellas modelos del concurso interplanetario de belleza, para elegir a «miss» Espacio, en Ciudad-Marte... Siempre había problemas así en el SIP, siempre los servicios de la gran fuerza policial de la Tierra y los planetas habitados, eran requeridos por una voz de urgencia, cuando llegaba el momento de angustia, de terror o de desconcierto, dondequiera que fuese.

Y el SIP, siempre con sus largos brazos de energía, legalidad y orden, llegaba a donde quiera que fuese.

¿Sería éste de ahora uno de los muchos casos enigmáticos que se ofrecían a la sagacidad, pericia y valor de los bravos agentes internacionales del SIP?

Donald Callowan no lo deseaba. Sus mejores agentes se hallaban ahora dispersos por el mundo. Bart Dorrell, en el caso de asesinato de Sigfried Baumer, el presidente de la Sociedad Internacional contra la Delincuencia... Jeffrey Scott, en la búsqueda de los ladrones de uranio... André Lorraine, en las pesquisas de Marte, para dar con el raptor de las bellas concursantes desaparecidas.

Cualquiera de los tres, el yanqui, el inglés o el francés, era ahora uno de los más destacados miembros activos del SIP. Pero no podía

recurrir a ellos, por estar ya comprometidos en casos anteriores de suma gravedad, cuyo esclarecimiento era muy importante para el prestigio del SIP y, sobre todo, para el mantenimiento del orden internacional.

Realmente preocupado, Callowan encendió un cigarro, que saboreó con lentitud. Pero las excelencias del tabaco no fueron entonces demasiado intensas para el jefe del SIP. Cuando problemas serios ocupaban su mente, hasta el mayor de los placeres, como era el del tabaco para Callowan, perdía su sabor, su intensidad, absolutamente todo.

Pero en el fondo, Callowan confiaba en que muy pronto, el supuesto enigma dejaría de serlo. Y la razón y circunstancias de aquella extraña muerte en el espacio, surgirían claras, contundentes.

Esa confianza pronto iba a perderse definitivamente. Sin embargo, Callowan no lo sabía aún. Quería confiar, esperar... aunque en el fondo, no estaba del todo convencido.

* * *

—Nos ha descubierto, ¿eh, Scott? ¿Y qué espera resolver con eso?

Jeffrey Scott se mantuvo imperturbable. Con una sangre fría muy inglesa, no se inmutó bajo la amenaza de la pistola térmica que le apuntaba fijamente. A pesar de saber que una simple presión del hombre sobre el resorte de disparo del arma lanzaría sobre él una ráfaga de calor mortífero.

— ¡Vamos, hable! — exigió rudamente el tipo armado—. ¿Qué cree que podrá hacer ahora?

—Supongo que morir — sonrió fríamente Scott, sin apartar sus ojos del arma que le encañonaba —. ¿No es eso lo que piensa usted hacer ahora? Si no me aniquila, sabe que terminará con su pandilla en la Cámara Amarilla de la Penitenciaría del Espacio. Mataron a dos guardianes del Banco Mundial de Materiales Nucleares, cuando robaron la carga de uranio. Eso implica pena de muerte. Pena idéntica para los cuatro.

—Y usted ha venido a llevarnos bien ataditos, como un regalo para el verdugo, ¿no es eso?

—Es mi deber. Les repito: entréguense a la Ley, en nombre del SIP. Cuanto más se compliquen, peor será.

— ¿De veras? — el otro rio, burlón —. Sólo se muere una vez, Scott. ¿Qué más da una cosa que otra?

—No es lo mismo. Siempre cabe el indulto, si se entregan. Habrá atenuantes. Yo mismo seré un testigo a su favor, si ahora suelta esa

arma y se entrega. Salvarán la vida. Mátenme, y ya no habrá solución para ninguno de ustedes cuatro.

El hombre armado miró a los otros tres. Todos rieron. Dos de ellos estaban cargando la larga caja metálica, anti-radiactiva, en cuyo interior viajaba el preciado mineral extraído de la pechblenda, robado semanas atrás al Banco Mundial. Un contenido pequeño, pero altamente valioso y peligroso, en manos como las de aquel cuarteto de rufianes, asesinos y traficantes.

— ¿Habéis oído a esa cochina rata del SIP? —farfulló el delincuente—. Aún nos ofrece negociar, con un pie en la tumba... ¿No sabes que ese uranio nos comprará la inmunidad, cuando lo vendamos a determinada nación? A cambio de él, obtendremos fortuna y asilo.

— No hay nación en la que no tenga jurisdicción el SIP — le recordó Jeffrey fríamente.

—Ya lo sabemos. Pero eso no cuenta. Esa nación necesita uranio. Si su Gobierno niega nuestra presencia en ella y nos refugia, ¿cómo se enterará el SIP? Recibiremos documentación falsa, con nuevos nombres, se nos concederá nacionalidad de ese país, se nos camuflará de tal modo, que nadie sospechará,

—Siempre hay Gobiernos traidores como ese — refirió secamente Jeffrey Scott—. Sin embargo... aún no está vendido ese uranio.

—Lo estará en breve — rio el salteador—. Y usted entonces, estará ya bajo dos palmos de tierra. O quemado en un horno, para que no descubran rastro de nuestro crimen. ¿Cree que el SIP es todopoderoso tal vez?

—No. Ni siquiera el SIP puede serlo. Pero Dios lo es. Y ustedes sufrirán su castigo.

— ¡Ya basta! —cortó, tajante, el otro—. Estoy harto de oírle, Scott. Me creí de veras que usted era también un traficante en materiales radiactivos clandestinos. Nos engañó bien a todos, para ingresar en la banda. Pero todo eso ha terminado ya. Le desenmascaramos, y va a morir. Eso zanja la cuestión definitivamente, ¿no cree?

—Para mí, sí. Es definitivo. Pero ustedes seguirán con vida. Y acabarán cayendo. Lo sé.

—Ese polizonte me pone enfermo, Carl — rezongó uno de los ladrones de uranio, secándose el sudor, tras haber metido la caja metálica en la astronave que les llevaría lejos de allí —. ¿No puedes cerrarle el pico de una maldita vez?

—Claro — rio el hombre armado —. Es lo que voy a hacer ahora mismo, no sufras. Polizonte, encomienda tu alma a Dios o al diablo. Vas a ir a la eternidad...

Movió el resorte de tiro. Fue el primer gesto. El siguiente implicaría la acción de disparo. Y, con ella, su fin. Vio retroceder el botón de percusión. Cuando éste viniera hacia adelante, golpeando en el fulminante del proyectil térmico, todo terminaría. Al menos, para él.

Jeffrey Scott, el agente británico del SIP, había llegado a su meta. Pero en ésta se encontraba la muerte. Era una lástima que los despiadados y sagaces ladrones de uranio, hubieran descubierto su verdadera identidad tan inoportunamente, ya próxima la conclusión de su tarea. Ahora no parecía haber remedio.

Sin embargo, todo era preferible a esperar resignadamente la muerte, como una res en el matadero. Jeffrey Scott trató de luchar contra lo inevitable.

Fue un intento desesperado, violento, el último que podía llevar a cabo para impedir que llegara la muerte.

Se abalanzó sobre su enemigo, con un súbito salto felino, que en modo alguno podía impedir nada. Cuando el proyectil térmico saliera del arma, le golpearía de lleno, abrasándole. Pero si algo faltaba en el intento del asesino, existía una remota posibilidad. Al menos, de luchar, de rebelarse contra el terrible destino que le esperaba en manos de los criminales.

Y algo falló. Acaso providencialmente, como un milagro que jamás hubiera podido esperar...

La pistola se disparó. El botón de percusión se movió, inexorable. Pero el proyectil no salió, no se produjo el sibilante estampido del arma. Falló el tiro, y con un juramento, el asesino advirtió entonces que no había sacado el seguro de emergencia a su arma. Ello hubiera carecido de importancia si Jeffrey hubiese esperado la muerte dócilmente. Con mover el resorte de seguro, todo resuelto para disparar de nuevo.

Pero el agente del SIP había lanzado su elástico, musculoso y juvenil cuerpo hacia adelante, en un desesperado salto, sorprendiendo al tirador y a los testigos. Cayó sobre el llamado Carl, como un peñasco disparado por una catapulta y le aplastó con su peso rotundo y su energía, derribándole aparatosamente por tierra. Estiró las manos al mismo tiempo, aferrándole con energía desesperada, y rodaron los dos de un lado para otro, en estrecho abrazo.

El arma escapó de la mano que la empuñaba. Los otros tres hombres se apresuraron a correr, para interponerse en el duelo y reducir al enemigo. Jeffrey, rápido, conectó un doble impacto brutal, con sus nudillos, sobre la mandíbula de Carl. El ladrón de uranio quedó inmóvil e inerte.

El agente del SIP no había hecho sino empezar. Diestramente, su mano aferró la pistola caída. Al mismo tiempo giró sobre sí mismo con la celeridad de una peonza y mientras su zurda oprimía el arma, despojándola del seguro con un fuerte movimiento de su pulgar, con la derecha alzó en vilo al inconsciente Carl, interponiéndole a guisa de escudo ante sí.

El doble gesto del audaz y hábil policía dio el resultado más óptimo que podía apetecer Scott. Los tres compinches de Carl se habían detenido a pocos pasos y dos de ellos extrajeron sus armas del bolsillo, disponiéndose a coserle a impactos térmicos, para liquidar el inesperado problema de su rebelión a la muerte decidida para él.

Disparó uno de ellos con demasiada precipitación. Tanta, que ya el hombre que Scott utilizaba como escudo viviente, estaba ante él, interpuesto entre tirador y víctima. El proyectil térmico estalló, mortífero, sobre su cuerpo. Jeffrey le soltó vivamente, cuando la piel del infortunado criminal ardió bajo el efecto terrible del impacto. El cuerpo de Carl se retorció, derrumbándose en tierra, carbonizado.

Al mismo tiempo, Jeffrey oprimió el resorte de disparo de su propia arma. El que acababa de disparar aulló de forma espeluznante al sentir sobre su cabeza el mazazo del proyectil abrasador. Osciló, soltando su arma chocó contra un muro de la estancia de paredes anti-radiactivas, donde habían ocultado hasta entonces el uranio robado, para rehuir las pesquisas de los equipos detectores de radiactividad. Luego se abatió de bruces, sin vida, cuando ya el tercero de los ladrones intentaba sin éxito el disparo contra Scott, nerviosamente, alcanzando con el proyectil en el muro, y derritiendo parte de éste, sin resultado dañino para Scott, que se había desplazado con la celeridad del relámpago hacia su derecha rehuyendo el disparo que preveía.

Inmediatamente después fue Scott quien apretó el disparador del arma alcanzando en pleno torso al enemigo, con la carga térmica. Este chilló como una rata aplastada y golpeó el suelo con un ruido sordo, al derrumbarse sin vida, calcinado por el disparo de muerte.

El último de los delincuentes no había intentado enfrentarse a Scott. Ante el cariz inquietante que tomaba la lucha, resolviéndose en favor del agente del SIP, corrió hacia la puerta de acceso a la nave, intentado huir a bordo, con la preciosa carga de uranio.

Jeffrey no se lo permitió. Bastaba una simple acción, y la realizó sin vacilar. Todo, antes que permitir al forajido escabullirse de las garras de la Ley, llevándose además la preciada carga.

Bastó un disparo más de la temible pistola térmica, para encender el metal de la proa de la nave y otro para destrozar el motor a reacción de la nave, en la popa. Inmovilizado el vehículo, no pudo deslizarse por las dobles vías metálicas que hubieran sacado el cohete

de la estancia subterránea habilitada por los ladrones de uranio para ocultar su botín y la nave que utilizaban en sus fechorías.

El forajido, desesperado, luchó con los mandos de su nave inmovilizada, y Jeffrey le sonrió duramente desde el exterior, apuntando hacia el visor transparente de la proa, donde se veía la cabina de mandos, ahora totalmente inútil en manos del fracasado fugitivo.

—Baje de ahí — avisó, con voz clara, enarbolando su arma —. Baje y entréguese o mi próximo disparo terminará con usted.

El hombre entendió. Descendió lentamente, con los brazos en alto. Jeffrey Scott no le perdía de vista para evitarse desagradables sorpresas de última hora. Su arma siguió los pasos del hombre que venía hacia él.

Había concluido el caso del robo de uranio en el Banco Mundial de Materias Nucleares. Localizó primero a los ladrones, se ganó después su confianza para terminar siendo desenmascarado por ellos, y corriendo el riesgo cierto de morir a sus manos. Providencialmente salvado, su valor y energía hizo el resto.

Ahora volvería con su cautivo y con la carga del precioso uranio. Eso cerraba el caso definitivamente.

Poco se imaginaba Jeffrey Scott, que con su hazaña de aquel día, en vez de ganarse unas bien merecidas vacaciones, iba a verse abocado a un nuevo y desconcertante caso, lleno de enigmáticas facetas. Y también de terribles peligros, durante el cual iba a sentir muchas veces junto a sí el aleteo siniestro de la Muerte...

Eso, sin embargo, pertenecía al futuro. Y aunque Jeffrey Scott, agente británico de la Spacial International Police, poseía un cerebro notable y una gran capacidad deductiva, no pedía saber lo que le reservaba el destino...

CAPÍTULO III

CASO DEL CADAVER FLOTANTE



ONALD CALLOWAN suspiró con fuerza tirando a un lado el informe final del caso del robo de uranio. Debería haberse sentido feliz. El uranio volvía a las arcas del Banco Mundial Nuclear. El único culpable superviviente, iba a pagar con su vida el doble delito de atraco y asesinato. Jeffrey Scott, milagrosamente a salvo, volvía para recibir de su correspondiente Sección en Londres, el permiso para disfrutar de unas merecidas vacaciones.

Sin embargo, Callowan no podía sentirse feliz. Junto a aquel halagüeño informe, que una vez más dejaba bien alto el pabellón del SIP, otros informes mucho menos optimistas se acumulaban, exigiendo más y más a la poderosa organización policial.

Sobre todo, en un caso concreto. El caso que le estaba quitando

incluso la paz durante las horas del día y el sueño en las de la noche.

El enigma del cadáver errante en el espacio...

El texto del último análisis de sus vísceras, en el laboratorio del SIP, era contundente y no dejaba lugar a dudas:

«Muerte provocada por asfixia. Cantidad de aire en el depósito y en el interior de la escafandra en perfectas condiciones. Válvulas funcionando a la perfección. Traje herméticamente cerrado a todo contacto externo. Muerte inexplicable científicamente. Carece de señales de violencia. Proseguimos analizando su organismo en busca de las causas de esa asfixia.»

Debería haberse sentido satisfecho con esa versión forense. Después de todo, si la muerte era accidental, no les incumbía a ellos resolverla. Pasaría a un simple trámite burocrático de los organismos policiales, sin que los especializados del SIP interviniesen. Había una frase clave en el informe médico: «Carece de señales de violencia».

Si no había violencia, no era fácil que hubiese hecho delictivo. Y por tanto, tampoco competencia policial.

Pero también existía sobre su mesa un informe más. Un informe del Gabinete, Técnico del SIP. Y ése era mucho más inquietante. Lo relejó, para entenderlo más a la perfección. Si es que se podía entender algo de todo eso.

«Encontramos en el traje espacial del hombre muerto en el espacio un equipo microscópico de grabación de sonido. El aparato había funcionado durante un corto espacio de tiempo, o al menos si discurrió toda la cinta magnetofónica, solamente grabó por espacio de un par de minutos. La voz grabada puede responder o no a su portador, eso no puede comprobarse desgraciadamente. Pero hay un texto registrado en ella, por una voz de hombre, de timbre ronco y ligeramente ceceante. Su texto, dadas las circunstancias de lo ocurrido, puede muy bien encajar coa el hombre, y haber sido él quien lo grabó. Adjuntamos texto grabado según fiel transcripción del mismo:

"Creo que voy a morir. No quisiera morir aquí; Dios mío... Pero si es así, si por fin la mano asesina termina conmigo y no tengo tiempo de volver a la Tierra, quisiera que todos supiesen, cuando hallen mi cadáver, lo que ha sucedido, y quién debe pagar por mi muerte...

"Creo que mis fuerzas empiezan a flaquear.

Experimento una angustia que puede ser precursora de la muerte... No sé, pero siempre he temido este momento. Tal vez merezca este fin, aunque es horrible encontrarse con él, tan lejos del lugar donde uno tiene amigos, seres queridos y personas que puedan ayudarle. Si ésta es mi muerte, el momento y la ocasión han sido bien elegidos.

”Pero tal vez tenga tiempo todavía. He de darme prisa. Tengo que... hablar... antes de... de que sea... demasiado tarde.”

»Aquí termina la grabación. En los últimos párrafos se hace la voz vacilante, muy débil, hasta extinguirse por completo. También se sienten jadeos, altibajos en el tono. El resto de la cinta magnetofónica no ha grabado absolutamente nada más, salvo un ronquido leve, no muy prolongado, que cierra el sonido en la cinta y que posiblemente fuese un estertor, aunque no existe absoluta seguridad.»

* * *

Donald Callowan se apartó del altavoz de la cabina de reproducción sonora. La grabación había terminado con la frase final: «Tengo que hablar, antes de que sea demasiado tarde...», y el estertor citado en el informe.

Había querido escuchar por sí mismo aquella voz ronca y las palabras extrañas, citadas en el informe. Todo era exacto a como habían referido los técnicos de grabación y sonido.

— ¿Existe la seguridad absoluta de que eso ha sido grabado dentro de la escafandra? — indagó, cruzándose su mirada con la del técnico.

— Absoluta. Se grabó dentro de esa escafandra y en el espacio. Se captan algunos sonidos que proceden a no dudar de radiaciones cósmicas, perturbando el sonido del aparato. El aparato magnetofónico, no mayor que un botón, va conectado a la válvula respiratoria y se mueve con una simple pulsación sobre el control del cinturón, en el traje espacial.

Callowan asintió, pensativo. Ahora sabía todo cuanto era preciso para empezar a hacer ciertas deducciones. El resaltado definitivo de todo ello, era aún más confuso que antes.

Si el hombre hallado en el espacio, había encontrado la muerte accidentalmente, sin violencias, y de un modo harto inexplicable... ¿a qué se debía aquella especie de aviso con elación de ultratumba en la que se hablaba del miedo a un crimen?

La muerte había llegado, ciertamente. Los temores, pues, estaban

justificados. Pero acaso el hombre se equivocó y temiendo ser víctima de un atentado violento halló un fin puramente casual. Sin embargo, la mayor de las incógnitas se mantenía en pie, pese a esa teoría, bastante plausible:

¿Por qué murió asfixiado, con abundancia de aire y sin señal de violencia sobre sí?

La sorprendente y enigmática muerte del hombre que flotaba en los cielos, seguía, como al principio, rodeada de las más espesas sombras. No iba a ser tarea fácil esclarecerla, ni muchísimo menos.

Regresó a su oficina y desde ella cursó una orden al Departamento Forense. Según sus instrucciones, los médicos y científicos de la policía deberían proceder a un más detenido y sutil análisis, una completa y total autopsia, siempre en busca de la señal de violencia, por débil que fuese, de la más leve huella que pudiera dar a entender la presencia de una mano criminal en lo ocurrido.

Una vez cursadas las órdenes convenientes, Donald Callowan procedió a una segunda tarea. Pidió comunicación directa con Londres y una vez establecida habló con el jefe del SIP en la capital inglesa.

Su demanda, en esta ocasión, fue sumamente breve:

—Anulen permiso al agente Jeffrey Scott, por tiempo indefinido. Que se ponga inmediatamente en Camino hacia Washington, en misión especial y secreta...

* * *

Jeffrey Scott, con expresión helada, saludó a su superior.

—Entendido, señor. Lo liaré como desea.

Donald Callowan le estudió con gesto entre irónico y preocupado. Inquirió suavemente, tras una corta pausa:

—No le gusta la misión, ¿verdad, Scott?

—No he dicho eso, señor.

—Yo no necesito que se me digan ciertas cosas, muchacho — dijo Callowan, con una profunda inspiración —. Sé leer en el rostro de los que hablan conmigo.

—En ese caso, señor, huelga todo comentario mío, puesto que usted sabe leer en mí.

—Escuche, hijo — Callowan se inclinó hacia adelante, con expresión benigna —. Sé lo que es quedarse sin unas merecidas vacaciones. Pero nuestro deber tiene esas duras adversidades. Y debemos aceptarlas con igual firmeza que los peligros que se afrontan en la tarea de mantener la Ley y el Orden.

—Cierto, señor. Yo no he dicho lo contrario.

—Pero imagino su decepción al desaparecer ese permiso que tanto ha merecido en la tarea de descubrir y capturar a los ladrones de uranio. Por todo ello le hablo así, ya que soy el primero en lamentar que haya sido precisamente usted el que tenga que venir a hacerse cargo de este caso. Pero no hay otro agente mejor, en los momentos actuales, libre de servicio. Soy injusto, lo sé, al privarle de su descanso. Sin embargo, es una misión muy diferente a la que ha terminado. Tal vez concluya en el mismo lugar en que comenzó: el vacío. Pero en este caso, un vacío hartamente diferente. El de auténtico «caso». El misterio puede no existir siquiera. O puede ser terriblemente profundo y complicado. No sabemos nada de nada, Scott. Tenemos un cuerpo humano, un cadáver que flotaba en el espacio. Sin nave, sin medios de transporte, sin saberse cómo llegó hasta allí. Y muchísimo menos cómo pudo morir...

—Todo eso lo he comprendido ya, señor. Comprendo, además, que soy un agente, un hombre que cobra del SIP. Por tanto, al SIP se debe. Sin embargo, es natural y humano que me sienta defraudado. Tenía todo dispuesto para mi viaje de descanso. En Francia, me esperaba una chica. Se llama Colette y es muy bonita y complaciente. Iban a ser unas buenas vacaciones, estoy seguro.

— Yo también empiezo a estarlo — suspiró Callowan, levantándose. Dio unos pasos por la estancia, se detuvo de pronto y volvióse hacia Jeffrey Scott, con expresión pensativa —. Sin embargo, Scott, con todo lo linda que sea Colette y los buenos momentos que habrían pasado juntos en la Riviera, piense un poco en lo que le corresponde hacer ahora. Puede que alguien haya asesinado de alguna forma que ignoramos, a ese hombre, quienquiera que sea. Puede que ese posible crimen, sólo sea parte de algo más complicado y siniestro. Y que otras vidas dependan estrictamente de nosotros, de nuestra celeridad, de nuestro acierto en las investigaciones...

Jeffrey Scott le escuchaba ceñudo. Su pensamiento estaba lejos de allí. En Francia, en las costas de dorada arena y aguas azules y suaves. Pero poco a poco, la faz ancha, firme y juvenil, de Jeffrey Scott fue cambiando de expresión. Se distendieron sus arrugas, desapareciendo. Acabó por sonreír. Meneó la cabeza de un lado a otro como disculpándose por su intolerancia anterior.

—Tiene razón, señor — declaró con voz firme —. Perdóneme. Uno, a veces...

Donald le interrumpió:

—No diga nada — Callowan agitó su mano con cordialidad —. Sé lo que se siente. Y creo que si Colette le aprecia todo lo que parece, esperará igualmente a fines del verano... Eso, suponiendo que tenga

que perder tanto tiempo con este caso.

—Uno debe ponerse siempre en lo peor — sonrió lentamente—. Aunque sea a fines del verano... llegaré a tiempo, estoy seguro. Colette es de las chicas que esperan... ¿Por dónde debo empezar?

Donald Callowan sonrió abiertamente ahora, complacido por la reacción final de su subordinado. Se acercó a él, le palmeó suavemente en la espalda y declaró:

—Bravo, muchacho. Sabía que acabaría pensando así. La verdad es que yo hubiera hecho lo mismo, en su caso. Nunca agrada que ocurran esas cosas. Pero le repito que es usted muy necesario ahora. Al SIP y a mí. No sé decirle por dónde deberá empezar. Hubiera tenido que ser su jefe de Londres el que le diera instrucciones, pero me pareció más conveniente que yo mismo estableciera contacto directo con usted, muchacho. Le voy a entregar todos los informes, a referirle cuanto sé acerca de ese cadáver sin nombre, identidad ni dato alguno en claro, que hemos de situar como personaje central, acaso único, de nuestro «affaire». Venga conmigo, Scott...

Jeffrey siguió al jefe supremo del SIP. A partir de ese momento fue una peregrinación incesante, por secciones, departamentos, laboratorios, gabinetes técnicos o antropométricos, etc. Al final de todo ello, Jeffrey Scott poseía una carpeta llena de documentos, informes, reseñas y datos de todas las pesquisas celebradas.

Era el dossier entero del «caso del cadáver flotante en el espacio». De él tenía que surgir algo de luz para que Jeffrey Scott pudiera iniciar el caso. Las fotografías del extraño hombre deformado por la atroz muerte sufrida circulaban por todo el mundo. Los visores de todos los continentes e incluso de las Estaciones Espaciales, Satélites y Bases terrestres en la Luna y los planetas, reproducían la imagen para que fuese identificada. Pero de momento, nadie había dicho palabra alguna sobre él. Nadie le había dado un nombre, una identidad concreta. No coincidía con persona desaparecida alguna. En sí mismo, el cadáver era una incógnita total. Tenía que ser alguien, poseer una identidad, un nombre, unos amigos o parientes. Incluso la voz grabada, si era realmente la del muerto, hablaba de esos amigos y familiares.

Scott, tras varias horas de estudio del caso, después de haber escuchado la grabación magnetofónica de la que tenía una reproducción fiel en su grupo de documentos y haber estudiado fotografías, informes y fichas, continuaba tan desconcertado como al principio.

La identificación del muerto seguía siendo la clave vital. Mientras no supiera quién era aquel hombre, no podía hacer nada, absolutamente nada. Al menos en el caso de los ladrones de uranio,

había un delito claro, un motivo concreto, una serie de hombres mezclados en el asalto, a quienes pudo seguir la pista por simple rutina investigadora.

Este caso era muy distinto. No tenía punto de partida, razón ni siquiera forma. No sabía si era accidente, suicidio, crimen... No sabía nada, de nada.

Sus llamadas a las emisoras de televisión, los periódicos y otros puntos de la Tierra dieron resultado negativo. Seguía sin aparecer nadie a reclamar al desaparecido, a exigir la presencia, del hombre muerto.

Era incomprensible. Habló telefónicamente con el jefe de programas de la BBC, y de la Televisión británica, dándole unas orientaciones. Encontró la cooperación oportuna y un redactor de la emisora hizo aquella noche un programa en cadena, hablando a los tele-espectadores de todo el mundo. Les recordó que un hombre de determinadas características yacía en la Morgue, esperando a ser identificado. Les dijo que podía ser cualquiera. Un amigo, un familiar suyo, un simple conocido. Alguien que hubiera partido al extranjero, a otro planeta, alguien a quien dieran por ausente o alguien a quien hiciera cierto tiempo que no viesan. Que no se dejaran engañar. Que indagaran, que buscasen, hasta comprobar si el conocido, el amigo o el pariente, estaba en realidad donde ellos imaginaban o había desaparecido sin dejar rastro.

Se filmó la charla para reproducirla en días sucesivos, a horas diferentes, y que diversas personas, incluso las que en más dispares horarios presenciaran las emisiones televisadas, llegaran a conocimiento de lo que se buscaba.

El caso empezó a apasionar a la opinión pública, que se interesaba haciendo cábalas, sobre la identidad posible del muerto. Evidentemente, la idea de Jeffrey Scott tenía su eficacia.

Comenzaron a llegar personas al depósito de cadáveres del SIP, donde el muerto, debidamente embalsamado, en un ataúd de cinc, esperaba a su identificación final, si ésta llegaba. La deformación de sus facciones por la asfixia, dificultaban considerablemente aquélla.

Muchos fallaron. No era un político desaparecido, ni un industrial, ni un famoso financiero, ni un oscuro funcionario, evadido con un dineral en joyas, ni un célebre actor cinematográfico que hubiera sin dejar rastro de los Estudios donde filmaba.

Seguía sin ser nadie.

Desalentado, Jeffrey Scott salió de la cámara mortuoria, tras la enésima identificación fracasada. Vio partir al hombre que había ido en busca de su hijo y no lo encontró, afortunadamente, en el hombre

muerto. Respiró, fatigosamente, encendiendo un cigarrillo.

El funcionario de la Morgue le miró, perplejo. Se encogió de hombros, alisándose el batín de blanco material plástico, con el negro distintivo de su fúnebre tarea.

—La verdad, nunca vi un muerto tan famoso... y a la vez tan desconocido — declaró —. El mundo entero sabe de su existencia, mira mil veces la fotografía y los datos de identificación y busca en su memoria. Todo en vano.

—Sí, todo en vano... — suspiró Jeffrey, abatido. Miró el desierto corredor blanco. Una mujer aparecía sentada en un largo banco lateral. Era joven, de cabello negro y rostro ovalado, de suave belleza. Vestía un ceñido traje azul claro, perfectamente amoldado a sus curvas graciosas y femeninas. La contempló con atención—. ¿Y esa mujer? ¿A qué espera?

—Creo que es la última de hoy, en turno para identificación — sonrió el otro, moviendo la cabeza—. Supongo que valdría más decirle que se vaya y no se moleste.

— ¿Por qué? Es preciso apurar todos los recursos. ¿A quién busca ella? ¿Ha desaparecido alguien?

—No sé. Espere...—consultó una agenda de bolsillo y luego enarcó las cejas, con escepticismo —. Nada positivo, desde luego. Su marido ha salido de viaje hacia el Polo Sur. No iba al espacio ni nada que se le parezca. Ella se llama Greta Borzak. Su marido, es el profesor Elko Borzak, un experto en energías termonucleares y cosas así. Pero ella ha tenido dos cablegramas de su esposo, desde Ciudad del Polo Sur.

—Entonces, no ha desaparecido.

—Eso parece. El otro día le telefoneó. No pudo verle por el fonovisor porque la línea tiene una avería. Pero habló con él. Dice que era su voz, sin lugar a dudas.

— ¿Sí? — Jeffrey frunció el ceño —. Pues no lo entiendo. Si su marido está en el Polo Sur, ha hablado con ella y todo eso, ¿cómo cree que puede ser nuestro cadáver?

—No lo sé. Dice que oyó la emisión. Pensó que, después de todo, una voz puede imitarse, unos cablegramas falsearlos... y que no había visto en momento alguno a su marido desde que se ausentó. Estará más tranquila cuando compruebe que el muerto no es él.

—Ojalá todos hicieran igual — comentó Scott —. Seguro que entonces tendríamos puesta en claro la identidad de nuestro enigmático personaje sin nombre. Vamos, déjela pasar y que le identifique. No resolveremos nada, pero también nosotros estaremos más tranquilos, sin dejar resquicio alguno a la duda. Yo voy a tomar

algo. Luego volveré.

El funcionario hizo un gesto de asentimiento y llamó a la mujer con voz suave:

—Señora Borzak, por favor. Es su turno. ¿Quiere pasar?

Ella se estremeció. Se puso en pie, asintiendo algo nerviosamente, a pesar de que parecía una mujer bastante dueña de sí misma. Echó a andar con paso firme, lento, hacia la cámara funeraria. Jeffrey se cruzó con ella, en dirección opuesta. Apenas si le dirigió una vaga ojeada de soslayo al coincidir ambos. El joven advirtió que de cerca aún resultaba más bonita y más joven.

Quedó atrás. Él se alejó por el corredor de blancos muros, en dirección al ascensor que le sacaría de aquel subterráneo frío y hosco, como la misma muerte que albergaba. Se detuvo un momento, aspirando el humo de su cigarrillo, que expelió con parsimonia hacia los gruesos vidrios que asomaban a otras galerías del vasto edificio destinado a la Muerte. Luego, siguió adelante.

De súbito se paró en seco al escuchar una voz ronca a sus espaldas, en tono excitado.

— ¡Señor Scott, señor Scott! ¡Vuelva un momento, por favor! —gritó alguien. Y sonaron ruidos. Los que producían unos pies, lanzados a la carrera por el pasillo.

Jeffrey se volvió en redondo. Era el empleado de la Morgue el que corría a su encuentro. Excitadamente, esa expresión demudada, nerviosa. Retrocedió, también a la carrera, para reunirse con él.

— ¿Qué diablos ocurre? —inquirió.

—Esa mujer... — musitó el otro—Esa mujer... ha identificado al muerto.

— ¿Eh? — Lanzó una imprecación—. ¿Es posible? —Sí, señor Scott. Era su marido, el profesor Elko

Borzak... No hay lugar a dudas. Se ha desvanecido. Mi ayudante le está auxiliando en estos momentos...

CAPÍTULO IV

EL CASO SE COMPLICA



REIAMOS que la identificación, iba a ponerlo todo, absolutamente todo, en claro —masculló Jeffrey Scott con sarcasmo —Y he aquí el resultado. El muerto es el profesor Borzak. Ya, no sólo su esposa, sino también su auxiliar de laboratorio le han reconocido sin lugar a dudas. No podían venir a identificarle porque ni siquiera les pasó jamás por la mente que el famoso cadáver flotante fuera el de un hombre que les escribía y hablaba por teléfono desde Ciudad del Polo Sur como si estuviera lleno de vida... Cuando ya había aparecido muerto en el espacio.

—Eso es un puro disparate, Scott — observó el doctor Walton, del Gabinete de Medicina Forense del SIP —. No cabe en cabeza humana tal cosa, compéndalo... Un hombre no está vivo y muerto a la vez. Ni tampoco está en dos sitios diferentes.

—Es de pura lógica, doctor. Pero tenemos una verdad incontrovertible. Y es que nuestro cadáver pese a su deformación por la asfixia, que le hacía irreconocible a ojos de su propia esposa, en las fotografías televisadas, que ella en realidad tampoco examinó nunca con gran atención, es realmente el profesor Borzak. Y que también era el profesor quien habló con ella desde Ciudad del Polo Sur. Pero resulta extrañamente casual que en esa ocasión se estropeará la comunicación visofónica, no pudiendo ver al que hablaba. Como ella misma dedujo, una voz puede imitarse. A la señora Borzak le sigue pareciendo que era su marido quien hablaba. Y que su voz, ronca y ceceante, resultaba inconfundible siempre. Pero por otro lado ha reconocido la voz magnetofónica. ¡Es la de su marido también! Una, o ambas, pudieron fingirse, lo admito. Sin embargo, hay algo que no es fingido: la muerte de Borzak.

— ¿Sustenta ahora la teoría del asesinato?

—Explicaría muchas cosas. Por ejemplo, el hecho de que alguien se dedicara a enviar cablegramas desde Ciudad del Polo Sur para tener tranquila a la esposa... y ese mismo alguien hablara con ella, haciéndose pasar por el hombre que, a aquellas horas, estaba muerto y, lo que es más, en los gabinetes del SIP, una vez «cazado» en el vacío.

—Sería una explicación muy cómoda — sonrió, algo burlón, el doctor Walton, mirando a su compañero del SIP, de diferente especialidad —. Pero no olvide que hay una rara asfixia, aún no

puesta en claro, pero nada de violencias físicas. Y no olvide tampoco, que Borzak iba a Ciudad del Polo Sur, no al espacio exterior, del que, según su esposa, no era ciertamente un entusiasta. En una ocasión rechazó unos honores oficiales del Centro Investigador Nuclear de Ciudad-Marte para no tener que cruzar el espacio, lejos de la Tierra.

—Existe el secuestro, la captura violenta y forzada, ¿lo olvidó, doctor?

—No lo he olvidado. Pero aun eso... es problemático. ¿Cree que asfixiaron de algún modo incomprensible al profesor Borzak, y luego le arrojaron al vacío desde una nave?

—Es una teoría plausible, ciertamente — asintió Jeffrey Scott con calma —. Tan plausible, que casi me inclino por ella.

—Pero volvemos al eterno problema; ¿cómo le asfixiaron?

—Sí, es nuestra pesadilla — Scott suspiró, desalentado. Miró fijamente al doctor Walton —. Ustedes han examinado a fondo sus pulmones y aparato respiratorio, ¿no es cierto?

—Por supuesto, Scott. No hemos dejado un recodo sin examinar. Todo está normal. No hay rastros de nada artificial. Ni siquiera un simple taponamiento. En alguna ocasión, horas antes de su muerte, Borzak debió ingerir algún producto graso, y al parecer se atragantó o cosa parecida. Pero eso no pudo ser normal. Tiene residuos de grasa en el aparato respiratorio, exactamente en la faringe y laringe. Sin embargo, eso no podría matar a nadie por asfixia. Un producto graso, se disuelve, sin provocar nada fatal. Sería, diferente un alimento sólido, algo duro o áspero, que le impidiese respirar. No hemos hallado rastro de nada similar en él...

—Ya. Pero de haberlo habido, estaría de acuerdo con su forma de morir.

—Evidentemente — Walton sonrió —. Sólo que no lo hay. Eso cambia las cosas de un modo total, ¿no le parece?

—Sí, eso me parece. Como usted dice, lo cambia todo. No cabe la menor duda...

Se incorporó, estrechando la mano del médico forense. Estaba confuso. Pero al menos, ahora había algo que investigar. Un camino había surgido ante él. Más por natural consecuencia de los hechos que por méritos suyos. Lo único que él hizo fue desterrar de la mente de algunas personas la idea errónea de que un familiar o un amigo se halla en un lugar donde, en realidad, no está. Instalada la duda en el ánimo de los afectados, eso había originado que creciera extraordinariamente la afluencia de personas ávidas de identificar al muerto. Una de ellas, la joven y bella Greta Borzak, había encontrado al hombre. Y con ello, el SIP había dado al fin con el nombre

esperado: Elko Borzak.

Elko Borzak, un notable científico en el terreno de la Física nuclear. Sus hallazgos en nuevas materias termonucleares eran notables. Se decía que iba en pos de descubrir una nueva energía, superior al hidrógeno y al cobalto radiactivo, una mítica fuerza llamada «Energía Z». Pero nunca había pasado de ser un rumor.

Borzak nunca fue hombre sociable ni amigo de la publicidad. Eran tan escasas sus apariciones en público, sus fotografías y su contacto con las gentes de todo el mundo que en realidad nadie le conocía bien en el aspecto físico. Eso había originado el largo misterio, el desconocimiento sobre su identidad una vez hallado en el espacio.

Ahora, Jeffrey Scott quería hablar con Greta Borzak, preguntarle sobre determinadas cuestiones. No esperaba mucha luz de ellas porque en realidad eran muchos los factores ignorados y muy poca la ayuda que aportaría para resolverlos la esposa del muerto. Pero Scott tenía una teoría propia que siempre dio buenos resultados en sus tareas de investigación. Y era la de que para llegar a saber por qué una determinada persona ha sido muerta, se debe antes conocer cómo era esa persona, y quiénes los que pudieron deseársela la muerte.

Como dijera el doctor Walton, siempre frío y metódico, no sabían siquiera si estaban ante un simple accidente o un crimen. Y si éste existía, resultaba un misterio, su ejecución. Pero Jeffrey estaba seguro de hallarse ante un crimen. O en otro caso, nunca hubiera tenido razón de ser aquel afán de «alguien», por enviar cablegramas desde Ciudad del Polo Sur, y de responder a la conferencia telefónica, con la voz de alguien que ya estaba muerto.

Ésa era la mayor, la más rotunda y clara prueba de que su sospecha era cierta, de que tras la muerte extraña e inexplicable del sabio Borzak había un motivo oscuro, una acción tenebrosa y perversa, la de una mente criminal y unas manos que habían ejecutado la sentencia.

Si quería llegar al esclarecimiento del enigma, a la razón del presunto crimen, de lo que éste podía ocultar, y de la identidad del asesino, tenía primero que ahondar en la vida de Elko Borzak. Siempre, en la vida de un hombre, puede estar oculta la razón de su muerte.

Y nadie mejor que Greta Borzak para hablarle de su esposo, del hombre hermético y poco sociable que fuera Elko Borzak.

* * *

La luz del día, cruda y ardiente, cayó con fuerza sobre los

oscuros, profundos ojos femeninos. Lentamente, ella se volvió. Recortóse su silueta espléndida, de bella mujer, contra el gran ventanal de altos vidrios levemente curvos, tras el que erguía Manhattan su soberbia aglomeración de francos edificios, de agudos rascacielos verticales y rectilíneos, apuntando hacia el cielo azul, como una constante expresión inquieta de los hombres que aspiraban a la conquista de los espacios. Y que hacía más de cuarenta años que empezaran, llegando a pisar y a colonizar algunos mundos vecinos, como Marte, Venus y otros.

— ¿Quiere saber cómo era Elko? — preguntó ella con voz tenue, sedante.

—Sí, por favor — asintió Jeffrey, erguido delante de ella, recibiendo en su faz ahora, toda la violenta claridad solar del verano neoyorquino —. Sería muy interesante llegar a saber cómo era en realidad Elko Borzak. Eso tal vez nos podría llevar, poco a poco, hasta la razón de que se hallara en el espacio... muerto.

—Me temo que su carácter y psicología, nunca le revelarán precisamente ese punto — sonrió Greta Borzak con aire pesimista —. Dese cuenta de que Elko odiaba y temía a la vez, más que ningún otro mortal de esta época, ese espacio exterior por el que tan habituados están muchos de ustedes a circular en nuestra era. Cómo llegó allí, cómo murió en el vacío, será una de las cosas que menos podremos explicarnos nadie, señor Scott.

—Entre otras muchas que seguimos sin explicarnos —asintió pensativamente Jeffrey, inclinando su rubia y arrogante cabeza —. Pero dejaremos para más tarde los intentos de justificar su presencia donde estaba, que no me parece de las cosas más complicadas del misterio, contra lo que usted opine. Son otras las cosas que me preocupan ahora.

— ¿Por ejemplo? —inquirió ella; vestía de luto, un sencillo atavío negro, de la época, ligero y de armoniosa línea que la hacía parecer más débil, más falta de protección ante la vida, pero no más envejecida o menos gentil. A pesar de todo, Greta Borzak sería siempre una bonita mujer. Jeffrey no se explicaba bien cómo pudo llegar a ser la mujer de un científico mucho mayor que ella, de extraño carácter y escaso atractivo físico.

—Por ejemplo... sus amigos y enemigos. Eso siempre es importante.

—Cuando un hombre muere asesinado, sí —sostuvo ella con cierta frialdad—. Pero ése no es el caso de Elko... ¿O acaso lo es?

—Le mentiría si dijese que sí. Pero también estaría mintiendo si afirmara lo contrario. Lo cierto es que no sabemos nada de nada.

Caminamos entre sombras. Quiera Dios que no demos demasiados palos de ciego y lleguemos pronto a alguna parte, señora.

— ¿Puedo ayudarles yo en eso?

—Hoy por hoy, es la única que puede hacerlo — la estudió fijamente. Ella se movió de tal modo por la estancia, que el sol nimbó sus caballos, arrancándoles destellos azulados. Pudo contemplarla a su manera, en toda su radiante belleza —. Dígame, ¿le sorprendería si a su marido le hubieran asesinado?

—No — declaró ella, con espontaneidad y sencillez tales, que aun a su pesar, Jeffrey Scott pegó un respingo y parpadeó ligeramente —. No me sorprendería nada.

— ¿Por qué, señora Borzak? Ésa es una declaración muy seria.

—Elko tenía enemigos. Muchos enemigos.

— ¿Envidias profesionales? ¿Sabios despechados por su celebridad o .categoría?

—Posiblemente hubiera de eso también. Pero más bien diría que eran enemigos personales suyos. Elko nunca fue simpático ni buen amigo de nadie. Fue a lo suyo, sin preocuparse para nada del daño que causara a los demás. Vivía sólo para sí mismo.

— ¿Y... para usted? — sugirió suavemente Jeffrey.

—Para sí mismo, señor Scott — sostuvo ella secamente —. No me he equivocado al decirle lo que le he dicho, ni me he expresado mal. Era un gran egoísta, un terrible ególatra. Se creía el centro del mundo, del propio universo.

— Eso no está en consonancia con lo que de él he oído. Rehuía la publicidad, ¿no es cierto?

—Sí. Ésa era una de sus rarezas, pero no altera nada la que, en el fondo, era su manera de ser y de pensar. Consideraba que la publicidad era algo demasiado bajo, demasiado vulgar para su alta condición de superhombre.

—De modo que así era él, ¿eh?

— -Sí. Una extraña mezcla de superdotado y de engreído, de fanático y de huraño.

— ¿Usted ha sido feliz con él, señora Borzak?

Ella le miró. Fija, fríamente. Sin ninguna simpatía ante la pregunta. Su voz tampoco rebosó precisamente animación al responderle.

—Creo que eso no le ayudará en absoluto a descubrir lo que se oculta tras la muerte de mi esposo, señor Scott.

—Perdone si la molesté. En realidad, lo que deseaba preguntarle

era todavía más duro. Eso, no tengo derecho a inquirirlo, pero dado el caso, me quedaría mucho más tranquilo si tuviera una respuesta concreta.

—Pregunte. Me reservo el derecho de no contestarle. Creo que ni siquiera el SIP tiene por qué escarbar en la intimidad de las personas.

—Desgraciadamente, el móvil de muchos crímenes, aun dentro de nuestro superdesarrollado siglo XXI, sigue existiendo en las propias intimidades de las personas —sonrió Jeffrey, al o agresivo—. Pero dejemos eso, señora Borzak. Voy a preguntarle lo que antes quise averiguar de un modo más suave. Respóndame o no, según su criterio. ¿Usted era uno de los enemigos de su esposo que citó antes?

Ella pareció sorprendida, pero solamente por la crudeza de la pregunta, no por su intención. Tras una pausa, en la que su amplia frente se cubrió de finos pliegues de preocupación, manifestó con voz grave:

—Eso viene a querer decir que también sospecharía de mí... si fuese realmente un asesinato.

— Con sinceridad..., sí. Soy brutal, lo admito. Pero no me agradan las hipocresías. Elko Borzak tenía una fortuna considerable. Elko Borzak muere sin hijos y deja esa fortuna a quien legalmente pertenece: su esposa. Elko Borzak pudo ser asesinado. Y de su presunta estancia en Ciudad del Polo Sur, de su supuesta voz real al teléfono, sólo tenemos un testimonio: el suyo, señora Borzak. ¿No es natural que pretenda indagar si usted amaba a su marido, o por el contrario podría ser una de esas mujeres que desean la muerte del esposo?

—No se muerde la lengua, ¿eh? —observó ella, irritada.

—En absoluto.

Hubo un silencio. El agente del SIP parecía espejar la respuesta. Greta Borzak dudaba aún. Dio unos pasos por la estancia. Se irguió de pronto ante el ventanal, inspiró profundamente y su juvenil, agresivo seno, se proyectó de perfil, a contraluz.

— ¡Le aborrecía, señor Scott! —declaró inesperadamente—. Con toda mi alma... Si a usted le gusta ser sincero, a mí también. Creo que, de vivir más tiempo su lado, hubiera llegado a asesinarlo yo misma.

— ¿Por qué se casó con él? ¿Por su fama o por su dinero?

—Por nada de eso. Yo era muy joven cuando me case con Borzak. Él me dio a beber algo, una droga traída de Venus y perfeccionada por él en su laboratorio. Una droga similar al opio, pero mucho más intensa y, a la vez, menos narcótica. Bajo sus efectos, se casó conmigo. Luego, ya no pude hacer nada por desligarme. Su poder era demasiado

para luchar contra él. Siempre encontraba medios de combatir mis denuncias. Derrotada, cedí.

—Eso es una monstruosidad. Usted es muy joven para Borzak.

—Sí. Él me llevaba veintitrés años. Pero la edad no sería obstáculo para la felicidad si no hubiera sido él tan poco humano, tan áspero y violento conmigo. Poco a poco llegué a odiarle con toda la fuerza de mi ser. Era una vida infernal, un constante sufrir. ¿Comprende por qué me desvanecí al verle allí, al descubrir que el muerto era él? ¡No era de horror ni de pesar, sino de liberación, casi de gozo! Nuestra vida íntima, en alcobas separadas, distanciados el uno del otro, no era precisamente un paraíso. Una mujer desea liberarse de ese dogal que nunca ve fácil destruir.

—Y la muerte de Borzak la liberó. Total, definitivamente.

—Eso es — ella suspiró fatigada. Era como si hubiera hecho un tremendo esfuerzo. Y acaso lo había hecho, ciertamente, para decir todo aquello. También, a la vez que fatiga, denotaba cierta paz interior, cierto alivio de conciencia —. Soy una mujer libre, señor Scott. No deseo siquiera llevar luto por Elko. Le pareceré un monstruo, una mujer perversa. Pero lo cierto es que pienso así. Soy humana. He sufrido mucho al lado de ese hombre. Acortó al suponerme su primera enemiga. Pero añadido algo yo no le maté. No hice nada contra él. Estaba resignada, hundida, resuelta a seguir mi espinoso camino junto a él.

Scott asintió:

—Entiendo. ¿Todos los enemigos que tenía su esposo le aborrecerían con igual intensidad que usted misma?

—No lo sé. Usted quería saber cómo era él ¿Cree saberlo ahora?

—Evidentemente, su cuadro de Elko Borzak ha sido tremendo, señora.

—Pero real. Pregunte a otros. Le dirán igual que yo.

— ¿Qué otros?

—Oh, no sé... — se encogió de hombros, mordiéndose pensativa el gordezuelo, rojo labio inferior —. El doctor McClure, Hans Larson, la señora Ballard...

— ¿Quiénes son esos?

—El doctor McClure trabajó muchos años con Elko, en la búsqueda de la «Energía Z», su famoso invento, casi en vías de solución. Cuando alcanzó la última fase, labor en la que McClure tanto le ayudó durante años, le dejó a un lado. Rechazó sus derechos, y como McClure se había fiado tan sólo de su palabra para trabajar en común, se quedó al margen de un hallazgo que, de hacerse realidad,

haría fabulosamente rico a su descubridor.

— ¿Y los otros?

—Hans Larson perdió a su hijo en una explosión nuclear provocada por mi esposo. Fue un accidente de trabajo, pero Larson le había advertido del peligro de esa explosión. Hans Larson era el director de los grandes centros experimentales de Energía Nuclear en el desierto de Nevada. Su hijo trabajaba con él y se cuidaba de supervisar los experimentos de los científicos privados que allí trabajaban. El joven Larson advirtió a Borzak que suspendiera los experimentos por considerar que las medidas de seguridad no eran suficientes. Pero Elko siguió adelante pese a todo. La explosión no alcanzó la cabina antiatómica de Elko y, sin embargo, lo hizo con la de Larson, hijo. Murió horriblemente destrozado por la radiactividad. Su padre expulsó a Borzak de allí y juró matarlo si alguna vez lo hallaba en su camino.

—Magnífico panorama — suspiró Scott —. Buscar un asesino entre todo el que trató a su esposo será como buscar una aguja en un pajar. ¿Y la señora Ballard?

—Esa es la mujer de Lawton Ballard, el técnico en astronáutica. Ella misma es diseñadora de naves interplanetarias y eficaz colaboradora de su marido. Helen Ballard es una mujer muy inteligente. Y muy hermosa.

—Diablos. ¿Y qué le ocurrió con Elko Borzak? ¿También le hizo alguna barrabasada?

—La peor que podía hacerle. Antes de ser la esposa de Lawton Ballard, Helen era la prometida de otro hombre. Un hombre que también murió por culpa de mi marido.

—Ya no debe esperar que me sorprenda por nada. — Scott achicó los ojos, estudiando a la viuda —. ¿Cómo fue eso? ¿Otro accidente?

—No. En esta ocasión dicen que fue un asesinato. Mi marido mató a aquel hombre.

Esta vez sí que se sorprendió Jeffrey Scott. Pegó un respingo e indagó:

— ¿Quién era ese hombre, señora Borzak?

— ¿El prometido de Helen? Era el propio hermano gemelo de mi marido, Judd Borzak. Elko le asesinó, estoy segura de ello...

CAPÍTULO V

ELKO Y JUDD



E pregunta por Judd Borzak? Sí, señor Scott. Era mi prometido. Elko le mató.

Jeffrey Scott no apartó su mirada penetrante del rostro apacible, sereno, de la dama que tenía ante sí.

Había tenido razón Greta Borzak. Helen Ballard era muy hermosa. De una belleza distinta a la de la viuda.

Rubia, pálida y melancólica. De grandes ojos azules, muy tristes y pensativos. Acaso esa tristeza no era propia, sino heredada de la muerte de Judd, el hermano gemelo del profesor Borzak.

— ¿Cómo ocurrió, señora Ballard? —interrogó suavemente Jeffrey—. Sé que no debería ahondar ahora en esas viejas heridas, pero es absolutamente preciso que sepa todo lo que rodeó a Elko Borzak.

—Lo comprendo —ella sonrió con cierta amargura—. Hay cosas que llevan su semilla dentro. Y cualquier día germina de nuevo, como una mala hierba. Desde que me casé con Lawton he procurado olvidar. No siempre he tenido éxito, pero es bien cierto que Lawton me ha ayudado mucho a dejar atrás los días amargos. Soy feliz ahora. No

quisiera que mi dicha actual se ensombreciera.

—Si se refiere a posible indiscreción mía, le diré que ya he procurado visitarla cuando se encontraba sola, para que su esposo no...

—Oh, no, no me refería a eso. Lawton sabe todo. No le oculté nada jamás. Tampoco pienso callarle su visita ni las razones que puedan traerle. Mi felicidad actual se basa precisamente en mi sinceridad conmigo misma y con los demás.

—La felicito de veras, señora Ballard. No todas las mujeres saben ser tan valerosas y tan firmes. No debe temer nada de mí. Sólo quiero saber cómo ocurrió lo de Judd. Parece demasiado monstruoso el hecho de que un hermano asesine a otro para pasar a creerlo. Por eso quiero conocer todos los factores. Acaso alguien fue injusto con el profesor Borzak. Y una injusticia pudo provocar un crimen erróneo en la actualidad.

— ¿Injusto? No, no lo piense siquiera. Si alguien le dijo que Borzak fue siempre un canalla, un Caín de la peor especie, tenía razón. Él mató a su hermano Judd. Fría, premeditadamente...

— ¿En qué forma, señora Ballard?

—Es una sórdida historia. Lo cierto es que Elko Borzak llevó a su hermano Judd consigo hasta una montaña donde él tenía levantado un pabellón para investigaciones nucleares. Aquel día Judd y yo teníamos una cita. Íbamos a casarnos dos semanas más tarde y habíamos de resolver ciertos trámites. Judd trabajaba en una industria de astronáutica, como experto en sistemas de acondicionamiento de aire, depósitos de oxígeno y cámaras descompresoras. Se excusó conmigo, alegando que su hermano, con quien no le unían demasiado buenas relaciones, quería mostrarle cierto adelanto científico, muy necesario para los sistemas de oxigenación de las naves interplanetarias. Yo, no sé por qué, tuve miedo. Le advertí que no fuese. Que dejara eso para más tarde, en otra ocasión cualquiera, una vez casados. Pero su hermano le había sabido dorar bien la píldora. Judd no poseía fortuna y Elko le ofrecía patentar ambos el sistema para presentarlo el propio Judd como suyo a la empresa astronáutica en que trabajaba. Ello le equivaldría la fortuna segura. Al parecer, con eso Elko pretendía rectificar viejos errores y zanjar la enemistad fraterna. Creo que nunca hubo un ser más falso, cobarde y despiadado que Elko Borzak.

—Evidentemente, fue todo un angelito. ¿Qué sucedió luego, señora Ballard?

—Lo que yo me temía. Judd no volvió jamás de aquella excursión con su hermano al pabellón de la montaña. El turbo-móvil en que viajaban ambos se despeñó por un barranco, a más de cuatrocientos

metros de altura. El vehículo se hizo añicos y dentro de él pereció, destrozado y carbonizado por la explosión de la turbina reactiva Judd Borzak. Providencialmente su hermanito Elko pudo saltar a tiempo del vehículo, mientras éste se despeñaba, dando tumbos, hacia el abismo. Pero Judd se quedó dentro. Murió en el «accidente». La autoridad consideró inocente a Elko, dando por hecho que todo fue puramente accidental. Pero yo sabía que no. Como lo supieron otros. Juré que le mataría por lo que había hecho.

— ¿Y no llevó a cabo ese juramento?

—No — le miró fijamente —. Sé lo que piensa. Que si Elko ha sido asesinado, yo pude haber sido la autora. Le aseguro que no es así. Pero gustosamente lo hubiera hecho. Si alguien merecía la muerte, era Elko Borzak. Sólo que no tuve nunca valor para matar. En vez de eso, traté de olvidar. Conocí a Lawton. Es bueno y honrado. A su lado he tratado de cambiar mi vida y borrar todo aquello.

—Ya. — Jeffrey Scott suspiró, dando un corto paseo por la estancia, suntuosa como todas las del ultramoderno edificio de los Ballard, en la Avenida Diecinueve. Se paró, mirando fijamente a la dama. Interrogó — ¿Y... por qué mató Elko a su propio hermano? ¿Se ha dado cuenta de que aún no sé POR QUÉ usted imaginó que haría lo que hizo... ni por qué mató a Judd?

—Está muy claro, señor Scott. Creí que usted lo imaginaba por sí mismo. Elko me perseguía. Quería que fuera suya y no de Judd.

—Pero ¿Elko no estaba ya casado con Greta Borzak?

—Sí. Creo que por su diabólica mente debió pasar la idea de eliminarla, de deshacerse de ella, para alcanzar su objetivo. Le burlé al casarme con Ballard. Por entonces la señora Borzak estaba enferma. Misteriosamente, mejoró al celebrar yo mi rápido e imprevisto matrimonio con Lawton Ballard, que le destrozó sus planes por completo.

—Ese hombre era un verdadero Satanás — observó asombrado Jeffrey —. Cuando usted me refería lo de Judd imaginé ciertamente la razón. Pero todo me parecía tan monstruoso...

—Elko era un monstruo. No tiene nada de extraño que cuanto hiciese fuera así. La persona que le eliminó, si realmente ha sido así, hizo un gran bien a la Humanidad. A veces me parece demasiado hermoso, demasiado increíble, que esa víbora, ese reptil humano, haya desaparecido del mundo de los vivos.

—Su mujer le identificó. Otros lo han hecho después. No caben dudas sobre su identidad.

—Ya lo sé. Sólo me refería a la liberación que supone para todos saberle muerto. Hubiéramos dado años de vida por una cosa así.

—Es horrible desear la muerte de un semejante, señora.

—Lo sé. A veces yo también me he horrorizado de mí misma. Pero no podía evitarlo. Y no era yo sola. Sé que había otros muchos que le odiaban a muerte.

—Como el doctor McClure o Hans Larson, ¿no es eso?

—Eso es... —ella le estudió con fijeza—. La viuda ha sido explícita, ¿eh?

—Bastante. Pero en vez de facilitarme las cosas las complica aún más. Hubiera preferido que...

En ese momento la puerta se abrió suavemente a su espalda, con un deslizamiento metálico. Se volvió Scott. Vio entrar a un hombre alto, atlético, de cabello negro, salpicado de lunares canosos, rostro macizo y enérgico y ojos acerados, que estudiaron dura y expresivamente a Jeffrey Scott.

— ¡Lawton, querido! —exclamó ella, cruzando la estancia y tendiendo sus brazos al recién llegado—. Te esperaba más tarde hoy...

—Había menos trabajo del que supuse — sonrió el hombre, besándola con afecto. Luego, sus ojos volvieron a estudiar al visitante —. ¿Quién es ese joven, querida?

—El señor Scott, Jeffrey Scott, de la Spacial International Police — informó ella —. Señor Scott, le presento a mi marido, Lawton Ballard.

—Es un placer, señor Ballard.

—Lo mismo digo, señor Scott — le estrechó la mano con calor. Esbozo una sonrisa cordial, sin hipocresías —. ¿A qué debo su visita? ¿Algo anda mal en nuestra industria para que requiera su presencia en mi casa?

Scott denegó con la cabeza, suavemente. Dejaba que fuese la propia Helen quien informase a su marido, para saber lo que él debía decir, Y Helen lo entendió así. Su información careció de nerviosismo:

—El señor Scott no viene para nada relacionado directamente con nosotros, Lawton. Es sobre ese extraño hallazgo de un cadáver en el espacio... el de Elko Borzak. ¿Comprendes?

—Oh, sí — la faz ancha y fornida del hombretón reflejó inteligencia. Sus ojos se apagaron un poco, con evidente contrariedad —. Entiendo muy bien, Helen. Nunca se puede dejar completamente atrás lo que pertenece al pasado, ¿verdad, señor Scott?

—El pasado de su esposa no es cosa mía, señor Ballard — sonrió Jeffrey —. Es el de Elko Borzak el que me preocupa. Quería saber qué hubo de cierto en un fratricidio, años atrás.

—Ahora ya lo sabe. Helen tiene razón. Mató a su hermano.

— ¿Cómo pueda nadie estar plenamente seguro? Puede incluso haber un número aplastante de probabilidades afirmativas, pero...

—Soy experto en astronáutica y toda clase de vehículos y motores — sonrió Ballard—. He visitado el lugar del accidente, he leído los informes de Borzak, tras el suceso. He examinado los restos del vehículo, tal como se conservan en el Centro de Investigaciones de Motores. Los peritos, y yo con ellos, afirman que no hubo accidente ni fallo en el motor. Aquel turbo-móvil «fue lanzado premeditadamente al vacío», señor Scott.

— ¿Y esos testimonios no pudieron llevar a la muerte o a presidio al profesor Borzak?

—No. Sus abogados los desvirtuaron en términos legales. El hecho de que el muerto fuera su hermano, de que oficialmente no existieran motivos para el crimen, ya que no había pruebas ni testigos que confirmasen la afirmación de Helen, de que Borzak la cortejaba, decidieron a las autoridades. Acaso también el dinero y la personalidad científica del sospechoso contribuyeron a salvarle de toda acusación. Lo cierto es que el crimen quedó impune. El pobre Judd encontró una muerte horrible, carbonizado entre los restos del vehículo, cuando al parecer había logrado abrir la puerta para escapar a su horrible suerte. Y eso lo zanjó todo. Si ahora alguien ha matado a Elko, no ha hecho sino acto de estricta, justicia.

—Horrible justicia es la de asesinar — suspiró Scott —. Si ese criminal hubiera dedicado su valor y su esfuerzo a lograr la condena o las pruebas acusatorias contra Elko Borzak, su actuación hubiera sido mucho más digna de alabanza y de mayor espíritu de justicia. Asesinar al que asesina iguala a uno y otro. Para eso está la Ley.

—La Ley no siempre cumple como debe — advirtió fríamente Ballard.

Scott dijo:

—Como todo lo humano, tiene errores y flaquezas. Pero se debe insistir, nunca tomarse la justicia por la mano. Ahora, el que mató a Borzak se ha hecho él mismo, si existe crimen real, un reo del delito de homicidio. El hecho de que el profesor fuera un canalla y un criminal no atenuará su culpa.

—Eso lo sé. Pero ya no nos afecta lo que pueda suceder. — Pasó un brazo protector sobre los hombros de su mujer, atrayéndola hacia sí —. No tenemos nada que ver con esa muerte. Nos hallamos al margen de la cuestión.

—Todos dicen lo mismo. Y seguirán diciéndolo a medida que visite a los sospechosos — dijo Scott, moviéndose hacia la puerta con

aire pensativo —. Sin embargo, es evidente que alguno, entre todos ellos, mentirá.

— ¿Qué quiere decir con eso? —se alteró el marido de la dama.

—Simplemente lo que he dicho. Que entre todos ustedes, los que odiaban por una u otra razón a Elko Borzak, estará el culpable de su muerte, si, como sospecho, ésta ha sido provocada por alguien. Pero nadie va a confesarse culpable, nadie va a revelar su acto delictivo, por justo que en su interior crea haber sido al realizarlo. Sin embargo... el SIP nunca falla. Llegaré al final de este caso. Descubriré quién fue el asesino de Elko Borzak, porque nadie debe matar a un semejante, sean cuales sean sus razones. Luego, en la clemencia y comprensión de los jueces, estribará su suerte. Pero yo tengo una misión que cumplir. ¡Y la cumpliré, señora Ballard! Caiga quien caiga...

Llegó a la puerta, la abrió y salió de la estancia, cerrando suavemente tras de sí, sin volverse.

En la habitación, una vez solos, los esposos Ballard cambiaron entre sí una larga mirada, sin pronunciar palabra.

Tanto ella como el arrogante Lawton Ballard reflejaron en sus ojos una misma sensación interior: preocupación, tensión... acaso miedo.

* * *

Hans Larson era un hombre rubio, casi albino, de ojos azules y nariz aguileña.

Desde su despacho central, en los Centros Experimentales de Energía Nuclear del desierto de Nevada, manejaba infinidad de naves destinadas a los experimentos, y pruebas atómicas de mayor importancia. Ya se habían rebasado los períodos balbuceantes de la energía nuclear, cuando los hombres cometían la gran estupidez de destinarla a su propia aniquilación. En la mayor parte de los casos la fuerza nuclear servía para grandes motores y centrales de energía que movían factorías, fábricas e industrias poderosas, en una lucha constante por el progreso humano. Los motores de las astronaves, de los vehículos espaciales, la energía capaz de situar en las más lejanas e increíbles órbitas a los planetas y satélites artificiales terrestres, todo se movía bajo el dictado poderoso del átomo.

Y Hans Larson, director de los Centros Experimentales Nucleares, movía ese complicado engranaje, a la cabeza del sistema interior de la gran ciudad atómica, estrictamente prohibida a los extraños, que se alzaba en el desierto de Nevada y se extendía en su

subsuelo, con muchas toneladas de cemento, de acero y de muros antirradiactivos, separando las dependencias subterráneas del aire exterior.

Jeffrey Scott, gracias a su condición privilegiada de agente especial del SIP, había logrado atravesar la gran barrera del secreto atómico y estaba en la ciudad nuclear de Nevada. Frente a Hans Larson en persona, entre los muros de grueso vidrio blindado, que servían de separación a la cámara del director, del resto del edificio. A través de esas paredes transparentes, sólidas¹ como de acero, podía seguir el ritmo febril de trabajo dentro del gran centro.

Este era el hombre que había perdido un hijo por culpa de la testarudez y mala fe de Elko Borzak. Otro de los seres capaces de odiarle hasta la muerte. Y capaz, por su fuerza y poder político y científico, de llegar adonde fuera preciso para vengar al hijo muerto.

Le escuchó atentamente. Jeffrey le refirió cuanto sabía hasta este momento, de sus visitas a Greta Borzak y a los Ballard. Larson no parpadeó ni una sola vez. Sus claros ojos tenían una sorprendente, inquietante fijeza. Su rostro halconado no reflejaba las emociones interiores de aquel hombre dedicado por entero a la ciencia y al progreso.

Cuando Scott terminó, Hans Larson hizo una profunda inspiración, entrelazó sus fuertes, nudosas manos, sobre el tablero de vidrio de su mesa, y tras una pausa reflexiva, empezó a desgranar sus palabras como gotas de agua sobre un recipiente.

Dijo:

—Todo lo que me cuenten de Borzak gozará de mi total credulidad. Era un cerdo y un canalla. Pero también era un buen físico y un excelente químico. Creo que estaba mucho más cerca de la preciada fórmula de la «Energía Z» de lo que todos suponen.

—He oído hablar antes de la Energía Z,, a que usted se refiere. ¿Qué clase de energía era, o pretendía Borzak que fuese?

—Una energía terriblemente poderosa. Capaz de aniquilar al mundo en pocos segundos. O capaz de dar una vida nueva a todo y de impulsar a la Humanidad hasta las mismas estrellas, rebasando incluso velocidades y distancias lumínicas. ¿Se da cuenta de lo que eso significaría para el mundo?

—Sí. La destrucción... o el poder supremo en el universo.

—Eso es. Borzak hubiera optado por la primera posibilidad, estoy seguro. Gracias a Dios, no ha llegado a poseer su fórmula y disfrutar de vida para manejarla a su antojo.

— ¿Él hubiera controlado totalmente el invento? ¿No tenía supervisión científica o técnica de la Asociación Universal de Ciencia o

de los Estados de la Federación Mundial? — se extrañó Jeffrey.

—La tuvo mientras trabajó aquí. Cuando yo dispuse su expulsión, tras el desastre que provocó la muerte de mi hijo, sus anotaciones y experimentos eran oficialmente controlados. Pero luego él se buscó diversos puntos para experimentar. Los inspectores de la Asociación Universal de Ciencia podían controlar uno o dos de sus laboratorios y centros de pruebas. Pero si se ignoraban los más ocultos, aquellos en los que la «Energía Z» podía estar más desarrollada, e incluso pudo haberse terminado, ¿quién podría descubrirlo, quién llegaría a ejercer un control eficaz de ello?

—Es cierto. ¿Borzak hacía eso?

—Sí. Siempre ha obrado de mala fe con todo el mundo. Era una rata vil y feroz, un ser que se creía distinto y superior a los demás, y por ello mismo no encontraba mal destruir, matar o dañar, porque era como pisar una lagartija o aplastar a un insecto, el hecho de atacar a un ser humano. Esa clase de ser era Borzak. Creo que han hecho bien en matarle.

Jeffrey Scott se estremeció, aun a su pesar. Era terrible oír la misma frase de implacable odio, la misma despiadada sentencia en todos los labios. Jamás hombre alguno debía de haber acumulado 'sobre su persona tal huracán de odios y de pasiones como aquel sabio, misteriosamente muerto en el espacio.

Incluso un hombre consciente, responsable y lleno de autoridad en su labor, como era Hans Larson, hablaba impelido por aquel odio terrible y siniestro, que había cercado a Elko Borzak hasta ahogarle...

Tras un silencio, habló Scott con calma:

— ¿Cómo ocurrió lo... lo de su hijo, señor Larson? ¿Tuvo culpa directa Borzak en ello?

—Claro que la tuvo — afirmó con voz ronca el hombre —. Le había prohibido seguir el experimento por unos días, mientras se reparaban unos desperfectos de una anterior explosión nuclear, que ponían en peligro la seguridad de los que actuaban al servicio de los investigadores aquí instalados y de los propios sabios. Todos acataron la orden. Todos, menos Elko Borzak. Llevó a cabo la tarea sin mi permiso. Mi hijo, desgraciadamente, no sabía lo de los desperfectos en algunas de las cabinas de control y estudio, y Borzak fue lo bastante cobarde como para utilizar la más segura de todas y arriesgar la vida de mi hijo en una de las defectuosas. Provocó la calculada explosión, uno de sus ensayos para dar con la «Energía Z». Mi hijo sufrió espantosas quemaduras al no soportar su cabina la explosión por fallo del sistema antirradiactivo. Pese a cuanto se intentó, no pudimos salvar su vida. Hubiera matado a Borzak de no ser porque muchos de mis

colaboradores lo impidieron, sujetándome y confinándome en mi alojamiento. Me vigilaron y drogaron para que descansara. Y también para que no me perdiese cometiendo un homicidio. Elko Borzak fue expulsado de aquí. Demasiado poco para lo que merecía.

—Es cierto. Pero usted no debía convertirse en un asesino por su causa. Sin embargo, ¿cómo no le procesó por Negligencia y por arriesgar vidas humanas en su labor experimental? Pudo haberlo hecho perfectamente.

Hans Larson apretó los labios con firmeza. Alzó su rostro, pensativo, duro, crispado. Miró abiertamente a Jeffrey al declarar:

— ¿Quiere saber por qué no lo hice? Sencillamente, Scott... ¿porque aún seguía pensando en matar a Borzak. No quería jueces ni autoridades por medio. ¡Yo mismo ejecutaría al culpable de la muerte de mi hijo!

— ¿Y... lo ha hecho? —preguntó Jeffrey roncamente.

—No — negó fríamente Larson —. Alguien se me anticipó. Le juro que no lo he matado yo. Y bien que lo siento...

En ese momento zumbó el visófono de su mesa despacho. Lo tomó, interrogando algo al aparato. Tras una respuesta que debió ser breve miró a Jeffrey y le tendió el auricular con gesto simple.

—Es para usted, Scott. ¿Sabían en el SIP que estaba usted aquí?

—Sí. Se lo indiqué antes de volar en mi turbo-automóvil desde Nueva York aquí — tomó el auricular Gracias, Larson. ¡Dígame! Aquí Jeffrey Scott...

—¡¡Scott! —gritó al receptor la voz de un hombre. Su imagen apareció en la reducida pantalla del visófono. Era el doctor Walton, del Departamento de Medicina Forense del SIP —. ¡Hay grandes hallazgos, Scott! ¿Puedo comunicárselos ahora?

—Desde luego, Walton, hágalo — asintió Jeffrey —. Le escucho.

— Se trata de la muerte de Elko Borzak. Ahora ya sabemos positivamente lo ocurrido. Existe una sustancia sólida en ciertos lugares de Venus que no es digerible porque se adhiere a la garganta obstruyendo el paso del aire y asfixiando a quien trata de comerla, pese a que su sabor es excelente en estado líquido. Pero su superficie grasienta tiene una adherencia especial y áspera como las fundas del grano de trigo, pongamos por caso, y al adherirse a la garganta cierra por completo el conducto respiratorio y provoca la muerte por asfixia. Esa sustancia, llamada «boligrass», por su forma esférica y su naturaleza grasienta, tiene la propiedad de no derretirse sino mucho tiempo después de ingerida. Los residuos grasos hallados en los pulmones y garganta de Borzak corresponden a esa materia. El «boligrass» licuado, tras una larga permanencia dentro de las vías

respiratorias de Borzak fue la causa de su muerte

— ¿Y cómo pudo él ingerir esa bola de grasa, mortífera? — se extrañó Jeffrey.

—Examinada más minuciosamente la boca del muerto hemos hecho otros descubrimiento Scott — prosiguió febrilmente el doctor Walton —. Tiene ciertos roces y raspaduras en encías, dientes y paladar. Incluso uno de esos roces le llega cerca de la garganta. Es evidente que le obligaron, le forzaron a tragar la bola, a viva fuerza.

Jeffrey Scott dejó de respirar. Ahora todo estaba claro. Su respuesta al doctor Walton así lo expresó con simplicidad:

—En resumen: yo estaba en lo cierto. Elko Borzak fue asesinado...

CAPÍTULO VI

«ENERGIA Z»



SESINADO... Lo sabía. Estaba seguro de ello. ¡Oh, Dios mío, yo nunca hubiera tenido valor para, matarlo! Soy demasiado viejo, demasiado débil... Pero soy feliz de saber que alguien lo hizo ya. Se llevó su invento al otro mundo, su cerebro de superdotado no le sirvió de nada ante la muerte. Soy feliz, señor Scott, muy feliz. No lo tome a mal, pero es la única muerte capaz de hacerme sentir dichoso...

Jeffrey asintió con la cabeza, contemplando la cana, menuda y fatigada cabeza del hombre vestido de blanco batía que frente a él había dejado los tubos de ensayo y los complicados alambiques de sus experimentos químicos para atender al visitante.

—No tiene que disculparse, doctor McClure — declaró Scott — Estoy tan habituado ya a oír a la gente cosas así que lo verdaderamente asombroso hubiera sido que usted hablase de otro modo, que compadeciese el fin de Borzak o cosa por el estilo. Al fin y al cabo una mujer perdió su felicidad, su paz y sus sueños; otra, su futuro esposo. Un hombre perdió a su hijo. E incluso el que ganó una mujer gracias a la muerte de Judd Borzak parece odiar a Elko tanto como todos los demás. Me refiero a Lawton Ballard. Usted, a fin de cuentas, perdió sus derechos a un descubrimiento físico-químico que le hubiera hecho famoso mundialmente. Y muy rico.

—Muy rico... — el anciano suspiró, encogiéndose de hombros —. Después de todo, eso importa ya muy poco. Mi mujer murió, señor Scott. ¿Y sabe por qué? Porque me arruiné por completo, porque gasté hasta el último céntimo en las pruebas y experimentos colaborando con Borzak. Luego, ya cercano el éxito, me dio una patada, me arrojó de su casa y se rio de mí, al gritar que le demandaría por engaño y estafa. Entonces recordé que me había fiado de su buena fe, pensando que era un hombre honrado, como yo mismo. No había documento ni prueba alguna de que yo colaborase con él en las pruebas. Todo estaba a su nombre. Todo figuraba como propiedad de Elko Borzak. Y ni un céntimo mío constaba legalmente como invertido en las pruebas y experimentos. Le imploré, angustiado. Luego, le amenacé al no tener resultado mis súplicas. También eso fue inútil. Me había hundido y me pisoteaba más aún, sepultándose en el fango de mi propia ruina, más todavía, si es que eso era posible. Quise pegarle. Me golpeó brutalmente, me derribó por tierra, sangrando por boca y nariz. Era más fuerte y más joven que yo. El muy perro... no tenía piedad de

nada ni de nadie...

Jeffrey Scott casi sentía miedo de sus propios sentimientos. Ante tanto horror acumulado, ante tanta perfidia, por parte de un ser, algo en él se sublevaba. Casi empezaba a pensar como aquel puñado de infelices, burlados o dañados por el ente feroz, repulsivo e implacable que fuera en vida Elko Borzak. Gustosamente hubiera llevado el caso a la mesa de Callowan, diciendo sencillamente:

—Señor, abandono el asunto. No quiero descubrir al asesino del profesor Borzak. Creo que si algún crimen merece el nombre de «piadoso» es éste. Me niego a desenmascarar y arrestar al culpable. Matar fue un acto de estricta justicia...

¿Qué atrocidades estaba pensando? Apartó de sí tales ideas, casi con repugnancia. No podía simpatizar con el crimen, por mucha que fuera su comprensión para las gentes a quienes el muerto dañó cruelmente. No podía solidarizarse con el asesino por el simple hecho de sentir indignación e ira por las injusticias referidas. Después de todo, ahora Borzak era juzgado ya por otros Tribunales superiores a los humanos. Y un dedo inexorable le señalaría..., acusador, en el más tremendo y pavoroso de los veredictos...

—Doctor McClure... —habló con dificultad, ahuyentando de sí las ideas anteriores como si fueran murciélagos de una noche terrible, apelonados en su mente —. Doctor, quisiera preguntarle... qué cree usted que alcanzó Borzak con la «Energía Z».

—El fin — dijo sencillamente el viejo doctor,

— ¿El fin? ¿Qué fin?

—El que se había propuesto. Estoy plenamente seguro, señor Scott, y hablo con conocimiento de causa. Nadie más, aparte el propio Elko, sabe tanto de esa energía como yo mismo. Y se lo aseguro. Rotundamente, señor Scott. Elko tenía ya la «Energía Z» cuando lo mataron.

La conclusión de McClure era sorprendente. Y también alarmante. No era un hombre que hablara gratuitamente de una cosa. Como él mismo antepusiera, nadie como McClure para saber cosas de la «Energía Z».

—Eso puede ser grave, doctor — declaró roncamente Jeffrey—. Si asesinaron a Borzak... pudieron hacerlo por odio, por venganza... o por algo que no tuvo nada que ver con todo eso. Supongamos que... por la Energía Z», que ya era una realidad, según usted.

—Cuando a mí me echó de su lado estaba ya en la etapa final. Le faltaban pocos problemas por resolver sobre la cuestión. Él mismo se había fijado un plazo máximo de dos años para concluir la labor. Yo, incluso, le discutí, reduciendo el límite hasta un año o quizá menos.

— ¿Y cuánto hace que ocurrió la escena de la ruptura entre ustedes dos?

—Hizo un año el pasado mes de abril-. Y ahora se cumplirá el aniversario de la muerte de mi esposa. Es seguro que poseía la, fórmula completa. Y, tal vez, una prueba, una muestra completamente positiva de la Energía.

— ¿Peligrosa?

—Peligrosísima. Lo era ya en sus propias manos de loco y fanático. Imagínese lo que significaría en poder de unos delincuentes o de ira ser ambicioso. La energía atómica, las bombas de hidrógeno, las de cobalto radiactivo y todo eso se reducen a nada junto a una energía capaz de impulsar a un cuerpo a velocidad superlumínica, bien canalizado en un orden industrial y de impulsión técnica. O una energía que, igualmente, podría con sólo cinco gramos encerrados en una cápsula, hacer estallar el mundo y provocar un caos en los mismos planetas, si se lanzara, al espacio ese poder destructor sin controlar.

—Dios mío... —Jeffrey sintió que unas pequeñas gotas de frío sudor empapaban su frente, su rostro y las palmas de sus manos —. Es espantoso imaginarlo...

—Pues ésta es la «Energía Z». Como energía al servicio de la civilización, algo portentoso. Como elemento de muerte... un horror incontenible y desolador, que terminaría con la raza humana y con todo cuanto hallara a su paso.

— ¿Es radiactiva?

—Sí. En una proporción, con respecto al uranio 235 de uno a setenta y cinco, como mínimo.

A Jeffrey se le erizaron los cabellos de la nuca. Abrió mucho los ojos.

— ¿Quiere decir que la «Energía Z» posee una radiactividad setenta y cinco veces superior a la fiel uranio común en la energía atómica, asociado al isótopo 235?

—Más o menos — asintió McClure —. Pero esa radiactividad puede alcanzar la centena e incluso sobrepasarla en la proporción señalada cuanto más pura sea la formación definitiva de la «Energía Z» o «Fisión E-Z», como también la llamaba Borzak.

—Contra ese elemento destructor no existe, pues, contra arma posible.

—En absoluto. En manos de un criminal ambicioso, le daría el dominio del mundo, del universo, si realmente lo deseaba. Bastaría probarlo arrojando un miligramo en cualquier parte del globo terrestre. El resultado aterraría, de tal modo a las naciones y

gobernantes que se rendiría a incondicionalmente al poseedor de esa arma monstruosa y atroz.

—Afortunadamente, nadie parece haber pensado en eso... todavía — suspiró Jeffrey, agobiado—. Suponiendo que realmente exista la fórmula o la muestra de la «Energía Z» en alguna parte...

—No, claro. Gracias a Dios, hablo en teoría — sonrió McClure —. Una vez, hablamos de esto mismo Borzak y yo, cuando aún no habíamos tenido el choque violento, y nuestra colaboración era intensa y eficiente. Él temía también que una cosa así pudiera suceder, si al lograr la energía nueva no se controlaba debidamente y se la rodeaba de precauciones para evitar un desastre o un hecho delictivo que pondría al mundo en manos de un hombre, virtualmente, o de una organización criminal.

—Esperemos que no sea ese el caso actual, y todo termine con la muerte de Borzak. Desde que supe quién era él, he orientado mis investigaciones hacia el terreno personal. El hecho de poseer tantos enemigos y alimentar en torno tal cantidad de odios, es lo que me indujo a seguir por ese camino. Llegué a olvidar totalmente la «Energía -Z» como gran motivo de ese crimen. Pero tal vez el invento de Borzak sea la razón de todo lo que sucede. En cuyo caso se nos presenta una terrible incógnita, un interrogante lleno de inquietud: ¿dónde está la fórmula, y dónde la muestra de la «Energía Z», si realmente ha sido obtenida por Borzak?

El doctor McClure estudió largamente a Jeffrey Scott. Luego, sus ojos cansados se fijaron en los tubos de ensayo que había dejado para atender al visitante. Habló perezosamente, con tono decaído:

—No lo sé, Scott. No puedo ayudarle. Pero créame, muchacho... ¡Descúbralo cuanto antes! Si mataron a Elko Borzak para poseer esa fórmula..., cada minuto puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte... ¡para toda la Humanidad!

* * *

Jeffrey Scott dejó atrás el pabellón de McClure, en las suaves y verdes colinas de Kansas. Regresaba a Nueva York, del largo viaje realizado hasta Nevada, y ya en el retorno deteniéndose en Kansas, para ver a McClure. Distancias que años atrás hubieran significado días enteros de viaje. Apenas unas horas con los actuales automóviles aeroanfibios, movidos a reacción.

Había recogido muchos datos, tenía una larga lista de sospechosos. Cualquiera de las personas que habían hablado con él, podía ser el autor del asesinato. Elko Borzak había tenido la rara virtud de ir sembrando odios y rencores a su paso, para dejar a sus

espaldas una buena cosecha de enemigos mortales, de gentes que hubieran dado cualquier cosa por verle muerto

Ahora, cuando realmente estaba muerto... ¿quién llevó sus deseos a la realidad? ¿La esposa amargada y cautiva de su tiranía, la bella y gentil Greta Borzak? ¿La mujer que, aun casada con Lawton Ballard, no había logrado olvidar su roto amor por Judd Borzak, el infortunado hermano de Elko? ¿El propio Lawton Ballard, quizá para arrancar del corazón de la mujer amada una angustia latente, o para impedir que ella misma llegase' un oía a convertirse en una asesina?

¿O era el fuerte, vigoroso e implacable Hans Larson que perdió a su hijo por culpa de Elko Borzak? ¿Tal vez el viejo y cansado McClure que perdió fortuna, ilusiones, trabajo y esposa, entre las garras de buitre de Borzak?

Todos ellos pudieron matarle. Quizá no fue ninguno y la maldita «Energía Z», tan beneficiosa a la Humanidad en buenas manos, provocó el crimen extraño, en el espacio exterior, lejos de la Tierra, precisamente allí donde; Borzak más había temido siempre hallarse.

Jeffrey Scott iba conduciendo su vehículo, con el ceño fruncido, la vista perdida en el azul, sobre el vasto campo de blancas nubes algodonosas que remontaba, su turboreactor, a considerable velocidad sobre la campiña del Este, de regreso a Nueva York.

Quizá por ello, la aparición de los dos cohetes ante sí, le cogió totalmente por sorpresa. El denso tráfico aéreo de entonces, tenía sus reglas fijas y rígidas. Pero aquellos dos vehículos a turbo-reacción, repentinamente surgidos entre las nubes, que perforaron como si fuese papel, plantándose a endiablada velocidad ante él, no cumplieron, precisamente lo ordenado. Ni en velocidad máxima, que ellos superaban de largo, ni en precauciones para evitar una colisión dramática.

Scott hubiera podido evitar el impacto, de hallarse totalmente entregado a la tarea de conducir. El hecho de ir, a la vez, meditando profundamente, dando vueltas en su mente al problema que investigaba, le restó agilidad y reflejos en la conducción de su nave monoplaza.

Lanzó una interjección al alzar la mirada y descubrir las dos formas de proyectil, grises y aceradas, de afilada proa negra, lanzadas hacia él como dos auténticas balas o dos tiburones sobre un nadador confiado, que se ha metido en aguas demasiado hondas.

Giró el timón de mando con celeridad, hizo dar un vuelco rápido a su nave, que se encabritó como un extraño potro de los cielos, eludiendo el choque con una de las naves lanzadas sobre él. Sintió el silbido escalofriante del aire desplazado junto a su vehículo, al rozarse

ambos.

Y dilató sus ojos con enorme estupor al descubrir a través del amplio visor semicircular de la nave gris, la cabina de mandos del vehículo opuesto. Él, que esperaba encontrarse con la atemorizada cara de un piloto imprudente... ¡no vio absolutamente a nadie ante los mandos!

Un piloto automático mantenía los mandos fijos, y sin duda un sistema de radio, a distancia, movía el aparato, porque éste, tras ver eludido su encontronazo, rizó el «rizo» bajo el vientre del vehículo monoplaza de Jeffrey, para buscar de nuevo, con su afilada proa, el que sería mortífero impacto con el turbo-reactor del joven agente del SIP.

Pero no hizo falta. En el fugaz instante de asombro de Jeffrey, al descubrir la cabina de mandos desierta, pese a la habilidosa celeridad con que la nave contraria era manipulada desde alguna parte remota, se consumó su error, iniciado ya al viajar con total confianza, meditando cosas bien ajenas a la conducción de su vehículo.

El segundo vehículo con forma de proyectil y fuselaje gris, de negra proa, le dio alcance. Pegó exactamente ante su morro, y el choque brutal, estrepitoso y violento de ambos vehículos, provocó un desgarró tremendo del fuselaje, la rotura de los cristales blindados del visor frontal, los mandos y el resto de los mecanismos de a bordo.

Jeffrey Scott tuvo el tiempo justo para retroceder, saltando de su asiento, en tanto una llamarada envolvía a ambas naves, ya que el choque había también dañado al vehículo contrario.

Pero éste, como su compañero de vuelo... carecía también de piloto. No había nadie a bordo...

Empezó a descender dando tumbos, unido al otro vehículo, empotrado dentro del de Jeffrey y envueltos ambos en una densa llamarada y una oscura nube de humo.

La segunda de las astronaves grises no llegó a acosarle. Tras el choque, se detuvo en su vuelo vertical para alcanzarle, y recuperó su estabilidad, como esperando su invisible ocupante a que se consumara el drama final, tras el encontronazo provocado.

Jeffrey Scott logró alcanzar su cinturón salvavidas, provisto de tubos reactores individuales, que le permitirían desplazarse en el exterior, como un ave... si es que lograba saltar al exterior, cosa que no era precisamente demasiado fácil, en los escasos segundos que tardarían en chocar con el suelo, dada la escasa altura de su vuelo.

Se ajustó el cinturón, dando tumbos por la cabina envuelta en humo y fulgor de llamas. Golpeábase contra los muros, a cada bandazo del vehículo, cayendo como una piedra en el aire.

Cerrada la hebilla de seguridad, corrió hacia la puerta. Tosía y lloraba, asfixiado por la atmósfera acre y cegadora que respiraba. Mentalmente, contaba los segundos. No faltarían más de seis u ocho para chocar con la tierra. Y entonces, el reactor atómico, recalentado por el choque anterior, se haría mil pedazos y con él, pulverizaría a ambas naves y a su único ocupante humano, Jeffrey Scott.

Probó la puerta. La velocidad de descenso dificultaba su funcionamiento. Posiblemente los sistemas electrónicos de cierre hermético de a bordo, habíanse roto con el choque y nada funcionaba ya. En ese caso... no podría abrir la puerta.

La puerta no se abrió, ciertamente. Un nuevo, desesperado intento, fracasó también.

Tres, cuatro, cinco segundos... Su tiempo se terminaba. Ya iba a chocar con el terreno abrupto y amplio de Pennsylvania.

No había solución posible. Iba a morir...

* * *

A veces, la frontera entre la muerte y la vida, la sutil divisoria entre seguir siendo o dejar de ser, resultaba de una aterradora estrechez, de una sutileza inconcebible.

Durante dos o tres décimas de segundo, no más, la vida o la muerte del agente especial del SIP, Jeffrey Scott, pendió de un hilo frágil, quebradizo. Tanto o más que el instante, ya lejano en el recuerdo, en que el arma térmica del ladrón de uranio llamado Carl, le amenazaba fijamente, a punto de calcinarle.

Luego, pasadas esas décimas de segundo realmente vitales, auténtica barrera entre la luz y la sombra, entre la pugna y el dejar de luchar por una eternidad, Jeffrey Scott reaccionó.

Comprendió que era imposible abrir la puerta de salida, inmovilizada por la rotura del sistema magnético de a bordo. Entonces probó por el único camino posible:

El destrozado visor frontal del vehículo, donde seguía incrustada la afilada proa negra de la nave, culpable del desastre.

Saltó sobre el tablero de mandos. De allí se lanzó, con un brinco felino, sobre el enorme boquete astillado. Le rozaron las agudas aristas de vidrios, rasgándole las ropas. Sin embargo no vaciló por ello en el brinco. Su cuerpo golpeó el objeto gris, metálico, rebotó en él, volviendo a sentirse herido, arañado violentamente por las aristas de cristal blindado.

Luego, su cuerpo saltó al aire y la mano firme de Jeffrey oprimió el resorte de disparo de los reactores aplicados al cinturón. Silbó el

aire comprimido en éstos, proyectando la energía nuclear en forma de chorros sustentadores en el espacio. No permitían volar, pero sí reducir el choque con el suelo, supliendo a los viejos, anticuados paracaídas, en el freno o paulatina reducción de la violencia de una caída en el espacio.

Era tan breve la distancia que le separaba de tierra, que cuando comenzaron los dos tubos reactores a estabilizar su descenso, ya las dos naves, estrechamente unidas por el violento choque, caían sobre un promontorio rocoso, no lejos, de una autopista aérea.

La violenta llamarada se elevó del suelo, y los vehículos saltaron en pedazos, proyectando los fragmentos en todas direcciones, en medio de un espeluznante estruendo, al estallar los depósitos de energía atómica.

Jeffrey Scott, planeando sobre el terreno, gracias a los reactores individuales que ejercían eficazmente su misión paracaídas, logró caer entre las rocas, a una prudencial distancia del lugar donde ardían los restos desgarrados y carbonizados de su turbo móvil y del extraño vehículo gris y negro que chocara con él.

Miró hacia lo alto, mientras reducía el sibilante funcionamiento de sus reactores, en el cinturón salvavidas, y descubrió la segunda nave enemiga, ya que aquel choque, y el aspecto de ave de presa que tenía el segundo cohete, sobrevolando, expectante, el lugar de la caída, confirmaban esa teoría.

Por fortuna, el detector visual o radiomagnético de la nave incólume, debía de haber pasado por alto la presencia de Scott en el aire, salvándose del siniestro, ya que de pronto, al parecer satisfecho por el curso de los acontecimientos, el segundo cohete remontó el vuelo y se perdió, con un silbido agudo y lejano, entre las nubes.

Cuando desapareció, Jeffrey Scott respiró profundamente, caído en tierra.

Se había librado milagrosamente de morir. De morir a manos de dos naves enigmáticas, que le acosaron cuando volaba tranquilamente, de regreso a Nueva York, terminada la primera parte de su misión investigadora.

Pero aquellas dos naves no llevaban a bordo ser viviente alguno. Eran vehículos manejados por radio desde un control remoto. ¿Por quién? ¿Y por qué habían caído como buitres sobre él?

Podía ser un suceso casual, un accidente... Pero en el cerebro de Jeffrey Scott, una sospecha rotunda, precisa, tomaba cuerpo, a medida que reflexionaba sobre lo ocurrido.

Habían intentado matarle. Y quizá las manos situadas en el control remoto de los dos cohetes fantasmas... eran las mismas que

forzaron a Elko Borzak a ingerir una esfera de grasa venusiana., asfixiante y mortífera.

El asesino golpeaba de nuevo. Como todos los asesinos, aunque su víctima hubiera sido un monstruo de maldad... no tenía excusa. Era un asesino. Mató una vez. Y estaba dispuesto a matar de nuevo, con tal de guardar su impunidad.

Pero este fallido atentado contra su vida, daba a Jeffrey Scott una nueva e inquietante convicción: seguía una buena pista. Y alguien a quien no le convenía eso, estaba decidido a cortarle el paso. Del modo más expeditivo y feroz de todos: asesinándole...

CAPÍTULO VII

EL GRAN PELIGRO



OR qué me ha invitado a cenar con usted, Scott?

—Tenía ganas de charlar de nuevo con usted. Empezó en su persona el círculo de pesquisas. Y en usted se cierra ahora.

— ¿Con algún resultado?

— preguntó suavemente Greta Borzak, mirándole por encima de la mesita cubierta de apetitosas viandas y un vino estimulante y sin alcohol, obtenido de plantas marcianas y exportado a la Tierra con notable éxito.

—Con algunos buenos resultados y otros que no son tan buenos — sonrió Jeffrey Scott, apurando su taza de café, tras el trozo de pastel. Paladeó la infusión, comentando volublemente —: Sigo siendo un partidario entusiasta de los viejos métodos, señora Borzak. Eso de las tabletas vitamínicas y los comprimidos líquidos o alimenticios, no se ha hecho para un hombre a quien agrade el sabor de los manjares.

—Estoy de acuerdo con usted — sonrió Greta. Luego, desvió su mirada, saboreando aún su propia taza de café, y contempló la luminosa, incandescente y prodigiosa vista nocturna de Manhattan, en la noche. Era un fondo asombroso a la escena. Lo comentó, casi sin darse cuenta—. Es algo fantástico, ¿no cree?

— ¿Fantástico? ¿El qué? — preguntó Jeffrey Scott, sin quitar de ella los ojos.

—Esa ciudad, este mundo de luz, de progreso y de maravillas que nos rodea. Esa noche, que parece querer competir en luces con la misma ciudad... Ese aire cálido y embalsamado, ahí fuera. Y nosotros

aquí... Usted y yo...

— ¿Qué tiene eso de particular? Somos dos personas. Dos más, en medio de casi veinte millones de ellas, que llenan Nueva York. Es verano. La noche, es cálida. Salgamos a la terraza, ¿quiere?

—Sí, por favor. Me gustaría respirar un poco de aire...

Salieron. La mesita solitaria quedó atrás, con las viandas sobrantes, en las fuentes de cristal o de *vitroplast* irisado. Les acogió la tenue brisa cálida de la noche, a ochenta y nueve pisos de altura sobre las calles del nivel inferior. Las orugas luminosas de los vehículos urbanos deslizándose por las aerovías de la ciudad, las embarcaciones y fluvio-taxis en los canales y ríos de la gran ciudad, todo formaba un fondo prodigioso de luces y de movimiento, de vida y de ritmo.

Ambos se asomaron a la baranda de la azotea. El aire agitó los cabellos oscuros de Greta Borzak. Jeffrey la contempló de soslayo, Estudió su perfil gracioso y bello, observó cómo respiraba el aire nocturno. Casi con fruición, con glotonería.

—Empieza a sentirse libre — comentó, haciéndola estremecer —Y ahora sabe lo que es la libertad, ¿no es eso?

Ella asintió despacio, tras una duda. Parecía sumergirse en el vértigo de luz. No muy lejos de allí, una música melodiosa y tenue, puso su fondo suave a la escena.

—Sí, Scott — susurró la muchacha —. Ser libre era algo que yo desconocía... Al principio, casi tenía miedo de respirar a fondo, de ser feliz. Era como una traición, un acto cruel contra un hombre muerto. Otras veces, casi sentía la impresión de que Elko iba a volver en cualquier momento del reino de las sombras eternas, para señalarme con un dedo acusador y descamado, para mirarme con ojos de fuego y acusarme por mi júbilo de hoy...

—Aparte de usted esos imposibles, Greta — no se dio cuenta de que la llamaba por su nombre, y ella tampoco pareció inmutarse por ello —. Elko Borzak, para bien o para mal, ha muerto. No volverá a usted ni a su vida. Eso quedó atrás. Definitivamente atrás, aunque sé que le costará trabajo habituarse a tal idea...

Ella se estremeció de nuevo. Le miró. Estaba muy pálida. Y a pesar del calor temblaba de tal modo, que Jeffrey se atrevió a hacer algo que no debía hacer. Se aproximó a ella, la rodeó con un brazo sus hombros y la atrajo hacia sí. Aterida, le sacudían sutiles escalofríos.

—Vamos; vamos — susurró Jeffrey con voz firme y tierna —. No debe temer nada, Greta. Serénese. ¿Quiere que volvamos adentro? Está muy alto esto, y el aire de la noche...

—No, no. Si hace calor, Scott — musitó ella, trémula —. Soy yo quien lleva el frío. Pero está dentro de mí... ¿Sabe una cosa, Scott?

Algunas noches he soñado con Elko. Le veo, presidiendo mis sueños, como una obsesión. Me mira, me taladra con sus ojos penetrantes... Y tengo miedo. Mucho miedo, Scott... Tanto, que la otra noche desperté... y creí seguir viéndole, erguido a los pies de mi cama, mirándome sardónico, acusador. Grité. Luego, me desvanecí. El servicio acudió a mis gritos. Naturalmente, estaba sola. Nadie podía entrar en mi alcoba, cerrada herméticamente. ¿Se da cuenta de que si continúo así, terminaré loca?

—Por eso mismo no debe proseguir por ese camino. Óigame, Greta, ¿por qué no deja de vivir sola en su antigua casa?

—No vivo sola. Tengo el servicio. Dos doncellas y un mayordomo...

—Eso no basta. Me refiero a una compañía más... más real, más próxima, no la de la servidumbre. ¿Por qué no se va a descansar con alguien de su confianza, o con una persona que sea capaz de cuidar de usted?

—No hay nadie en esas condiciones, Scott — gimió ella, retorciendo sus manos nerviosamente. Ni siquiera parecía advertir que el brazo del agente del SIP rodeaba aún sus hombros, y que su cuerpo se acurrucaba contra el ancho, poderoso torso de Jeffrey —. ¿Quién cuidaría de mí? Elko me mantuvo siempre alejada de todos, encerrada en una torre de marfil... Como secuestrada, para que nadie me viese ni entablase amistad conmigo.

—Yo le llevaré junto a alguien que la atenderá — dijo Scott con energía.

— ¿Quién?

—Los Ballard. Ellos se harán cargo de usted muy gustosamente, estoy seguro.

— ¿Por qué los Ballard precisamente? Apenas si los conozco...

—Tiene que quitarse esa timidez de encima, Greta. Los Ballard son buena gente. Y odiaban a su esposo, compadeciéndola a usted. La atenderán bien. Además, hay una mujer, Helen. Entre mujeres, las cosas se resuelven siempre mejor. ¿De acuerdo?

—Sería magnífico. Pero ellos no querrán...

—Claro que querrán. Déjeme a mí. Posiblemente mañana pueda decirle algo. Haré lo que sea posible, por evitarle nuevas pesadillas como la que me ha referido.

—Gracias, Scott — ella le miró fijamente. Sus labios temblaron, emocionados —. ¿Por qué hace todo esto en mi favor?

—No sé — él se encogió de hombros —. Acaso sea porqué, en el fondo, usted es la clase de muchacha que uno sueña con encontrarse

algún día en su camino. Si no fuera una viuda reciente, creo que le pediría casarse conmigo.

— ¡Scott! Si... si apenas me conoce...

—Estas cosas ocurren siempre así. Apenas sin conocerse. Pero ocurren. Es usted muy bonita Greta. Y una mujer maravillosa. Quisiera que encontrase otra suerte en la vida, que le hiciera olvidar lo de Borzak,

—Ésa es una de las cosas que nunca se pueden olvidar — se estremeció ella.

—Se equivoca. Todo puede olvidarse... si uno quiere. Pero hace falta que otras cosas nuevas surjan en nuestra vida, que diferentes y mejores momentos nos hagan borrar de la memoria lo que fue feo, sórdido y deplorable.

—Y usted, se casaría conmigo sólo por eso. Por hacer una labor caritativa en favor de una mujer desgraciada, ¿no es eso? —sonrió amargamente la joven.

—No diga tonterías. Es hermosa, joven e inteligente. Es sensible y femenina; Me gusta usted, creo que incluso empiezo a sentirme enamorado... ¿y me pregunta eso? Me casaría con usted ahora mismo, Greta... sin pensarlo un solo instante.

—Gracias, Scott — ella inclinó los ojos. Sus mejillas enrojecieron —. Gracias... ¿Me ha citado esta noche aquí para decirme todo eso?

—No. Eso... ha surgido por sí solo — suspiró Jeffrey —. La verdad es que al invitarla fui terriblemente interesado y profesional, Greta. Quería saber... saber si usted conoce el paradero de la hipotética fórmula de la «Energía Z». Y si está enterada de la marcha de sus investigaciones científicas, si llegó a crear alguna muestra efectiva de la nueva energía...

—Elko no me hablaba de sus cuestiones científicas. Pero últimamente, parecía satisfecho, radiante por algo que no me reveló. Tal vez fuese esa fórmula ya terminada. ¿Qué es lo que sospecha ahora?

— Que la «Energía Z», bien sea en fórmula o en muestra real, bien de ambas formas, sea el motivo auténtico del crimen. Y esté en manos de personas incontroladas, que la utilicen para sus propios fines.

— ¡Dios mío! Eso sería realmente terrible, ¿no cree?

—Por supuesto. Tan terrible que significaría un peligro inmenso, aterrador, para todo el orbe. La posibilidad, en suma, de que un grupo de hombres sin escrúpulos, e incluso un hombre solo, lo bastante audaz e inteligente, pudiera tener al mundo entero a su merced, e

hiciera rendirse a los Gobiernos de toda la Tierra.

— ¿Qué le hace suponer tal cosa? Es una teoría disparatada, ¿no le parece?

— Parece disparatada, sí. A mí mismo me lo pareció en principio. Pero después ha ocurrido algo que me ha hecho pensar más a fondo en el nuevo aspecto de la cuestión.

— ¿Y qué fue ello?

— Volviendo yo de ver a McClure, dos extrañas naves, dos cohetes espaciales sin piloto, movidos sin duda a distancia, me atacaron, buscando el choque. Y lo encontraron. Me salvé de puro milagro. Acaso ahora, el autor de ese atentado, cree haber eliminado del mundo de los vivos al agente del SIP llamado Jeffrey Scott.

— ¿Qué tiene que ver una cosa con otra, Scott?

— Está claro. Hasta que no fui a ver a McClure, no ocurrió nada en absoluto, ni nadie intentó matarme. Nada más ver al que fue colaborador de su esposo, tratan de eliminarme. ¿Por qué? Porque McClure es el único relacionado, de un modo u otro, con la «Energía Z» y los experimentos de Borzak.

— ¿Sospecha que el viejo McClure haya podido...?

— No, no sospecho de él. Pero sí creo que alguien vigila a McClure de cerca. Si quiere que le diga la verdad, mi impresión personal es que McClure, en el fondo, sabe más de lo que dice sobre la naturaleza y característica de esa nueva energía que buscaba Borzak, aunque no sepa fabricarla. Y el que mató a Elko Borzak lo sabe también. Por ello vigila de cerca a McClure. Incluso es probable que haya algún micrófono oculto en casa del doctor, para captar las palabras que allí se digan. El asesino supo entonces que yo andaba tras la pista... y me envió dos naves sin piloto, manejadas a distancia.

— Eso no lo posee todo el mundo.

— Evidentemente, no. O es una organización poderosa y con medios abundantes, o un hombre rico y poderoso, que mueve los hilos en la sombra, sin reparar en gastos para hacerse con el decisivo poder que lograría hacerle dueño del mundo...

— Hans Larson tiene esos medios y esa fortuna.

— También Ballard — sonrió Scott —. O su esposa Helen... E incluso usted.

— ¿Yo? — ella se sorprendió, abriendo mucho los ojos.

— No tema. Lo digo en broma. Pero después de todo, en un principio, usted figuraba a la cabeza de mis sospechosos.

— ¿Y ahora ya no?

— No. Ahora empiezo a conocerla. Y, como le dije antes,

incluso empiezo a amarla. No podría, en modo alguno, dudar de usted.

—Otra vez gracias, Scott. Cuando una está tan sola, se agradece mucho saber que existe alguien, un amigo capaz de apoyarnos, de tender su mano al borde de cualquier precipicio...

—De eso no le quepa la menor duda, Greta. ¿Vamos ya? Creo que se sentirá mejor ahí dentro. Y si quiere, la llevaré a su casa.

—Será mejor, sí.

—Está bien. Mañana le diré lo que he logrado de los Ballard. Espero que pueda trasladarse con ellos en breve. Habiendo sido usted otra víctima de Elko, no vacilarán en prestarle su apoyo y su comprensión.

Ella asintió con la cabeza. Salieron de la terraza sobre Manhattan. Poco después, un turbo-elevador les llevó, a vertiginosa velocidad, hacia la planta inferior del altísimo edificio.

Fue cuando el comedor quedó totalmente solitario y el camarero hubo retirado los servicios de la cena servida en la terraza del Manhattan Club. Entonces la vecina, puerta que comunicaba con los lavabos, cabinas de visoteléfono, etc., se abrió lentamente...

Un hombre apareció en la puerta. Era enjuto, elástico y felino de movimientos. Vestía como un camarero cualquiera del Manhattan Club, pero evidentemente no era tal. Se acercó a la solitaria mesa del reservado. Sus manos, enguantadas de azul celeste, como los demás camareros, se introdujeron en el búcaro de bellas flores artificialmente cultivadas, que presidiera la mesa de los dos jóvenes. Aquel ramillete de flores miraba hacia la larga vidriera deslizante que comunicaba, como puerta-balcón, con la azotea exterior.

Un objeto circular, no muy grueso, brotó de entre las flores. Era algo más grande que un botón, no mucho. Dentro, se percibía el zumbido leve, ronroneante, de un diminuto motor en funcionamiento. Bastó una presión de los hábiles dedos azules, para cerrar la conexión y silenciar el motorcillo.

Una risita sibilante escapó de los labios del falso camarero, al guardar el botoncito en un bolsillo. Pero extrañamente, los labios no se movieron. Ni tampoco un solo músculo facial del rostro terso e inexpresivo del personaje.

Sin embargo, los ojos brillaban, malignos, moviéronse de un lado a otro. Lentamente, con toda tranquilidad y dominio de sí mismo, echó a andar hacia la salida. Su faz continuaba inalterable.

No era fácil que se alterara. Ni entonces, ni en momentos sucesivos... porque no era un rostro de carne y hueso, sino una máscara de goma, perfectamente adaptada al rostro, y dándole a éste

un aspecto totalmente distinto.

Constituía un enigma imaginar qué rostro podría ocultarse tras aquella, máscara...

* * *

Jeffrey Scott terminó de redactar su informe especial cablegráfico, en clave, para el Departamento Central del SIP en Washington. Donald Callowan recibiría poco después, por vía estrictamente privada, aquel informe. Solamente el SIP y sus hombres podían utilizar esa vía cablegráfica urgentísima. Lo que por allí fuera transmitido, nadie salvo el propio Callowan y sus más directos colaboradores podría llegar a alcanzarlo.

Releyó la nota.

Lo introdujo en el teletipo y éste, automáticamente, comenzó a emitir para Washington, mientras Scott encendía un cigarrillo y se sentaba ante la ventana de su alcoba, a meditar sobre, las cosas recientemente ocurridas.

Como él esperaba, Helen y Lawton Ballard habían accedido a acoger en su casa a Greta Borzak, por el tiempo que fuera preciso. Al día siguiente iría él mismo a recogerla para llevarla a su provisional hogar, en tanto pasaba la, crisis más fuerte de la joven viuda.

Estaba preocupado por Greta Borzak. Cuanto le dijera aquella noche, en la azotea del Manhattan Club, había sido totalmente cierto. Desde un principio le atrajo algo en la muchacha. Después, su propio aire de desvalida, su total desolación y hondos complejos, le habían acercado insensiblemente a ella. Ahora, comprendía que obraba un poco apasionadamente, apartándose de su fría, mecánica línea de conducta habitual en los casos que investigaba.

Sin querer, pensó en la Riviera, en la linda y complaciente Colette... Se encogió de hombros, contrariado. Era malo eso de que no le emocionara siquiera el recuerdo de Colette. Mala cosa era siempre el amor, cuando éste era auténtico, para un hombre al servicio del SIP.

No quiso darle más vueltas a la cuestión. Aplastó el cigarrillo en un cenicero, se acercó al teletipo, comprobando que emitía con regularidad, y se encaminó al cercano mueble-bar, donde guardaba bebidas no alcohólicas, de origen planetario, en su mayoría fermentos vegetales muy sabrosos, de Marte y de Venus, hallazgo de los expedicionarios y colonos de esos planetas.

Se sirvió un vaso, todavía reflexionando sobre las cosas que le estaban aconteciendo. Encendió el televisor, para presenciar el último programa nocturno de las emisoras locales. Se decidió por el Canal Quince, en color e imagen estereoscópica.

Presenció durante unos minutos, distraídamente, la exhibición de «ballet» ultramoderno en el «21st.-Century City-Hall». De pronto, la retransmisión se cortó.

Apareció la faz estereotipada de un locutor, con un puñado de papeles en la mano, para dar una noticia. Parecía demudado, o el efecto lo producía la imagen electrónica en color.

Cuando dio la noticia, con voz quebrada, supo Jeffrey Scott que, realmente, estaba demudado, y no era defecto cromático.

—Señoras y señores — anunció, con matiz trémulo —. Suspendemos la retransmisión de «ballet» vanguardista, para comunicar a ustedes una noticia urgente, fechada en Washington, hace justamente diez minutos. El Gobierno de los Estados Unidos y las delegaciones americanas de la Federación Mundial, han recibido la notificación simultáneamente y proceden a darlo a la publicidad, para que nadie ignore lo que sucede. Se ruega que todo el mundo guarde la debida calma y civismo, en tanto nuestras autoridades tratan de resolver favorablemente la cuestión.

Manoseó los papeles dramáticamente durante un segundo que se hizo interminable. Luego situó uno determinado ante sus ojos y leyó, solemne, espectacular:

«—Dirijo este ultimátum al Gobierno de los Estados Unidos; para exigirle una inmediata rendición, y la entrega de todo el Poder público a nuestra fuerza, en el plazo máximo de doce horas. Si para entonces no se ha efectuado así, demostraré mi poder de un modo simple y decisivo: destruiré Nueva York de un solo golpe, en menos de un minuto. La destrucción tendrá lugar a mediodía de mañana, si la rendición no se ha efectuado. Y a partir de la desaparición total de Nueva York, existirán hasta seis horas, de plazo final, para que adopten una decisión los gobernantes.

«Repito que disponen sólo de doce horas para decidirse. En mi poder está la «Energía Z» del profesor Elko Borzak, a quien yo se la arrebaté. Puedo ser el amo del mundo y lo seré. A costa de las vidas que sean, si ustedes se oponen. De forma incruenta y pacífica, si ceden en este primer plazo de mi ultimátum.

»Cada país americano, cada país del mundo, recibirá idéntico mensaje, con pocos minutos de diferencia entre sí. En todos los casos, una destacada ciudad será aniquilada mañana, si no hay rendición total. Mis fuerzas vigilan por doquier. No hay solución. La fuerza está en mis manos. Bastarán un par de gramos de «Energía Z», para que desaparezcan las mayores ciudades del globo. En su mano está impedirlo.»

»Firma este ultimátum:

El locutor hizo una pausa. Añadió, con expresión inquieta:

—Señores, el Gobierno ha adoptado urgentes medidas de seguridad en todo el país, especialmente en Nueva York. Se tiene noticia de que el resto de los países americanos tienen ya el ultimátum, concebido en parecidos términos, en su poder. Igualmente algunos países europeos empiezan a recibirlos. Londres, Hamburgo, París, Barcelona, Milán y otras ciudades o capitales de Europa corren igual peligro aparente que Nueva York. Puede ser cierto, o ser obra de un loco. Durante estas doce horas el pueblo neoyorquino será evacuado pacíficamente, sin apresuramientos ni movimientos de terror que provocarían el caos. Sobran horas para una evacuación en orden controlada por fuerzas del Estado y por la policía metropolitana y patrullas especiales del SIP. Fuera de la ciudad, esperaremos todos a ver si se cumple el ultimátum, de ese loco ambicioso que se titula a sí mismo «El Zar Negro», o es todo un colosal chantaje. En el primer caso, el Gobierno decidiría entonces la decisión a adoptar. Que Dios esté con nosotros... y recuerden, por favor: Orden... calma... organización y prudencia... Seguiremos dándoles instrucciones claras, en un programa especial televisado, por todos los canales, durante las diez horas siguientes, plazo máximo en que puede ser evacuado todo Nueva York, en espera de esa posible utilización de la «Energía Z» del asesinado profesor Borzak...

Allí terminó la alocución. En las calles, más allá de la ventana de su domicilio, Jeffrey Scott percibió el clamor de la multitud atemorizada, el repentino crecimiento del ritmo ciudadano, hasta convertirse en precipitación y terror...

Él mismo estaba lívido y transpiraba un sudor pegajoso y frío. Su vaso de licor había escapado de sus manos, estrellándose en el suelo.

Ya estaba allí lo que tanto temiera él.

Había asomado su tenebrosa faz el gran peligro que acechaba a la Humanidad...

CAPÍTULO VIII

LA HORRIBLE NOCHE



AS riadas de seres humanos se desplazaban como enormes serpientes multicolores, como monstruos de miles de cabezas e interminable cola, a través de calles, avenidas, aerorutas y toda clase de caminos

que condujesen fuera de Nueva York. Las grandes pantallas televisoras, en calles y fachadas, pregonaban los avisos de orden y de serenidad, tan necesarios a la aterrorizada población civil de Nueva York.

En muy raros casos eran seguidos esos consejos. Lo frecuente, lo tristemente habitual, en barrios altos o bajos de la gran urbe, era asistir al asalto frenético, por las gentes, de los vehículos que podían llevarles lo más lejos posible de la ciudad y en el más breve período de tiempo.

Si no se daban más escenas de saqueo o de desbandada, era porque los grupos de policías, estratégicamente dispuestos, así como las patrullas volantes, los vehículos especiales de evacuación, controlados por el SIP o por el Ejército, y otros sistemas de seguridad civil, evitaban el auténtico y total caos.

Aquella madrugada, nadie durmió ni un solo minuto, en una ciudad de veinte millones de habitantes. El terror había hecho presa en las gentes. El Presidente habló a las dos de la madrugada, hora local, pidiendo calma a las gentes y rogando que no creyeran demasiado las bravatas del desconocido. Si se procedía a la evacuación, era por precaución, ya que era cierto que el científico Borzak había sido muerto, y su asesino podía tener en su poder unos gramos de la «Energía Z», suficientes para aniquilar, no sólo Nueva York, sino el orbe entero, si eran mal empleados.

A las tres de la madrugada, eran ya muchas las calles y barrios casi totalmente desiertas, que ofrecían sus amplias calzadas salpicadas de papeles rotos, de prendas de ropa abandonadas, enseres e incluso billetes, revoloteando, arrastrados por la brisa matinal, fresca y húmeda, sin que nadie se detuviera a perder tiempo en recogerlos.

Jeffrey Scott contempló con, expresión ceñuda y sombría el panorama desolador, silencioso y terrible, de la ciudad en vías de quedar reducida a un desierto, a un extraño cementerio, de panteones altísimos, rozando las nubes.

Scott caminó por la avenida desierta. Hasta entonces, no había podido alcanzar aquel punto de Manhattan. Le habían robado su vehículo, el que supliera al destruido en el siniestro de Pennsylvania, las líneas con Washington y otras ciudades habían sido cortadas o nadie las atendía en las centrales, y tampoco pudo comunicarse desde su alojamiento, con ninguna patrulla volante o cuartel de emergencia.

Eran terribles, apremiantes y desesperadas horas de angustia y terror. Nadie se preocupaba de nada que no fuera huir, alejarse de la ciudad condenada. Los servicios públicos abandonados, los establecimientos, hoteles y comunicaciones sin atender, todo sumido ya en pleno caos...

En muchas calles tuvo que luchar a brazo partido con las gentes para abrirse paso hacia su destino. Pero a pesar de todo ello, perdió mucho tiempo en llegar. Ahora, casi tres horas más tarde, en una madrugada alucinante y pavorosa, se encontraba por fin frente a la residencia Borzak, en Manhattan.

Sus ojos recorrieron, asustados, las hileras de ventanas sin luz, las puertas de acceso, abiertas de par en par. También allí había llegado la helada zarpa del terror y de la angustia, ¿Dónde estaría ahora Greta Borzak?

Penetró a la carrera en la casa. Llamó, con voz potente:

— ¡Greta! ¡Greta!

Los ecos del vacío interior, repitieron burlonamente el nombre bajo las bóvedas. Pero nadie respondió a la llamada. Nadie dio señales de vida dentro del edificio.

Recorrió, como un poseso, todas las estancias vacías, sin hallar nada a su paso, Desalentado, regresó a la calle desierta. El aire fresco de la madrugada agitó sus cabellos y le azotó el rostro. Unos papeles revolotearon en torno de sus piernas, arrastrados por aquel mismo aire matutino, cargado de salitroso aroma portuario.

Oteó la calle a un lado y a otro. Las luces llenaban de claridad blanca, intensa, las vías de asfalto sin transeúntes ni vida. Un luminoso de un «night-club», parpadeaba, con un juego azul y rojo, que llegaba a marear. La silueta de una bailarina poco arropada, en madera y plástico, había caído de su soporte, y yacía en la acera, olvidada de todos.

Sólo se veía desolación.

Jeffrey Scott, clavó la vista en el suelo, pensativo. Dio una patada a los papeles de periódicos ilustrados, desasiéndose de ellos. Revolotearon, alejándose empujados por la brisa. Y de súbito, Jeffrey Scott echó a correr tras ellos.

Alcanzó en la esquina inmediata un fragmento de periódico, el que atrajera, con sus titulares, su atención de un momento antes. Lo alzó, bajo la cruda luz de un foco callejero, en la acera desierta. Leyó:

«La organización de los «Príncipes Negros», desarticulada. Algunos de sus miembros, desaparecen, a bordo de sus naves, cerca de la Luna. No han sido hallados, pero se supone que no volverán a entrar en acción estos piratas del espacio.»

Jeffrey estudió las fotografías. No había sido solamente el nombre de «Los Príncipes Negros» lo que le atrajo, haciéndole evocar a la

pandilla de ladrones extinguida cosa de un año antes, bajo el azote implacable del SIP, sino las fotografías de los cohetes utilizados por esos «Príncipes Negros» en sus correrías.

¡Eran esbeltas naves, en forma de proyectiles, da color gris y proa negra!

Ahora supo por qué le resultaron vagamente familiares aquellas naves agresoras del día anterior. Y por qué, en el acto, el viejo nombre de «Los Príncipes Negros», habíase asociado en su mente al del temido, siniestro «Zar Negro» surgido ahora. Era como una relación directa. Sobre los «Príncipes» mandaba el «Zar» o emperador. Eso podía significar que alguien se había aprovechado de los dispersos miembros de la cuadrilla de derrotados piratas, de sus cohetes espaciales y de su propio refugio secreto, tal vez, jamás hallado por el SIP, para provocar el caos sobre la Tierra, con el arma del profesor Borzak.

Estrujó el papel entre sus manos, tiró el viejo fragmento de periódico, que se alejó, arrastrado por el aire. Levantó el rostro al cielo clavando sus ojos en el azul oscuro, salpicado de estrellas.

En el espacio había empezado aquel enigma. Con un cadáver flotando en el vacío y no muy lejos de la órbita lunar. Acaso en el mismo espacio se hallaba la clave del misterio, la razón de todo aquello...

Caminó unos pasos por la ciudad desierta, bajo los altos rascacielos y las fuertes luces de Nueva York blanco y deslumbrante del siglo XXI, la ciudad más moderna y maravillosa del mundo.

De pronto, un vehículo dobló una esquina. Se aproximó velozmente a él, junto al bordillo. Era un monoplaza, movido por turbinas. Previsor, Scott empañó su pistola, en previsión de lo que pudiera suceder.

Era extraño que en una ciudad maldita, señalada por el dedo descamado de la muerte y de la que todos luchaban despiadadamente por huir, aún hubiese otro loco como él, pensando en hacer la ruta opuesta a la de todos los demás.

Vigiló, arma en ristre, la portezuela del vehículo. Pero cuando ésta se abrió, bajó el arma, sorprendido. La encorvada figura del hombre de cabello blanco, se movió hacia él.

— ¡Doctor McClure! — masculló Jeffrey Scott —. ¿Usted aquí?

— Llego tarde, ¿verdad? — susurró el doctor, mirándole angustiado.

— Tarde... ¿para qué? — indagó Jeffrey, con voz tensa.

— Para todo, según veo — suspiró McClure, oteando en tomo

suyo —La ciudad en peligro... la «Energía Z» a punto de entrar en acción... ¿Y la señora Borzak?

—Se ha marchado. Seguramente ha seguido el éxodo de todos los demás...

—Scott, he encontrado algo en mi laboratorio... — comenzó McClure, tras un distraído examen de la soledad que les rodeaba—. Puede ser importante... para usted.

— ¿Qué es ello? ¿Un micrófono y un magnetofón en miniatura tal vez?

— ¿Cómo lo sabe? —se asombró McClure, mirándole como si el agente del SIP fuese un superhombre.

—Era de suponer. Intentaron matarme cuando le dejé a usted en su laboratorio de Kansas, doctor. Eso daba a entender que le espiaban y sabían de mi visita.

— Pues es verdad — declaró McClure, extrayendo del bolsillo algo parecido a un botón, pero ligeramente más grande —, Esto es lo que habían introducido en mi propio laboratorio. Pero no es un magnetofón, propiamente dicho. Lo es, porque graba magnéticamente la voz y los sonidos, eso sí. Sin embargo, no es puramente estático. Después, su pequeño y prodigioso mecanismo lo transmite a enormes distancias, en una frecuencia de radio asombrosa. Era un prodigioso invento de Borzak.

— ¿Dé Elko Borzak también? Entonces, antes de asesinarle, le robaron cuanto poseía de valor científico...

—Eso parece — asintió McClure, taciturno —. Lo reconocí en cuanto lo descubrí, entre mis cachivaches. Una vez asistí a una prueba de Borzak en uno de esos pequeños micro-receptores de longitud increíble en el alcance de onda. Hizo su prueba entonces, conectándolo a su centro experimental secreto, aquel que ningún inspector de la Seguridad Científica podía visitar...

—De modo que usted sabía algo más... ¡mucho más!... sobre Borzak y sus experimentos —le contempló fijamente y el doctor inclinó el rostro, avergonzado—.

Siempre lo he sospechado así. Usted ocultaba cosas, lo sabía. Cosas que podían ser vitales para mí.

—Es cierto — musitó McClure, confuso —. Disculpe, Scott. Yo no quería revelarlo todo. No confío mucho en la habilidad de los policías, ¿sabe? Luego he reflexionado. Me he dicho que usted parece un tipo muy distinto a otros de su oficio...

—Todos los del SIP somos iguales, doctor. Eficientes y serenos. Sin esas dos cualidades el SIP no nos admitirla en sus filas. Debíó

contarme todo antes... Acaso hubiéramos llegado a tiempo de evitar esto. ¿Usted cree que ese micro-receptor con el que registraban sus entrevistas y sus palabras, sigue conectado con el mismo lugar secreto que Elko Borzak utilizó en vida para sus experimentos más secretos?

—No lo sé. Pero podría averiguarse,

— ¿Cómo? Ni siquiera sé la frecuencia y longitud de onda. No sé dónde podrá estar ese refugio o base privada de Elko Borzak, que debió revelar a sus asesinos, antes de morir, junto con la fórmula y los demás secretos. ¿Usted conoce ese escondite?

—No. Borzak nunca permitió a nadie visitar su base secreta, su auténtico laboratorio clave, donde desarrollaba su tarea más celosamente guardada... donde acaso tenía la fórmula y las pruebas de la «Energía Z».

—Pero tendrá una idea, una ligera sospecha al menos, del lugar en que puede estar emplazado ese «sanctasanctórum» de Elko Borzak... Acaso bastaría para localizarlo, para tratar de investigar allí, en el corto plazo de que disponemos...

— ¿Usted cree, muchacho, que si uno señala la inmensidad del mar y dice que en alguna parte de él existe una isla, esa isla puede ser hallada fácilmente?— comentó irónicamente McClure.

—El símil es raro, doctor. ¿Tan difícil será localizarlo?

—Mucho — con un suspiro, los ojos de McClure se alzaron al cielo oscuro y salpicado de estrellas, de la larga y tenebrosa noche de la gran ciudad en peligro —. Porque todavía el símil queda corto, Scott. Ahí tiene usted el inmenso mar de que le hablaba. Elko Borzak, edificó su refugio secreto, su centro experimental privado, que nadie sino él mismo pisó jamás... en el espacio sideral. Más allá de la atmósfera terrestre, Scott...

* * *

— ¡En el espacio! Pero... ¡pero si Borzak aborrecía el espacio, si no quería nunca oír hablar de viajes espaciales!

—Elko Borzak jamás fue sincero en nada. ¿Por qué había de serlo en sus gustos, ante el resto de las gentes? Se complacía en mentir, en fingir lo que no era, en engañar y burlar a los demás... — McClure respiró hondo. La charla de los dos hombres, en la amplia avenida desierta, tenía algo ele increíble, de alucinante. Era como la entrevista de los dos últimos supervivientes de la Tierra, tras un cataclismo mundial que hubiera extinguido a la raza, humana. Entonces, el silencio y la soledad, no podrían ser mayores en la ciudad, de lo que lo eran ahora —. Mintió como un rufián al decir que detestaba el espacio. Como buen fanático, que aspiraba a ser lo más grande, y que

se consideraba superior a todos los mortales, ansiaba lugares de mayor proyección universal que la, para él, humilde y modesta Tierra. Por eso eligió el espacio para levantar su santuario científico, lejos de la curiosidad humana. No sé quiénes se lo edificaron, cómo lo hicieron, ni cuántos millones le costaría. Tampoco sé si creó con ello un satélite, un asteroide o una nave viajera, en determinada órbita. Pero puede estar seguro de que allí, en ese lugar secreto, realizó sus experimentos y pruebas finales en busca de la «Energía Z». Pero nadie, ni yo mismo, que supe que poseía una base secreta en el espacio, conoció jamás el emplazamiento, latitud o posición orbital de la misma. Es un misterio. Tan profundo, que uno no se siente capaz de ahondar en él. ¿Cómo buscar, en millones y millones de millas, un cuerpo artificial que ni siquiera sabemos cómo será, qué volumen, forma y aspecto tendrá?

—Ciertamente. Parece una obra titánica, imposible de lograr— Jeffrey Scott escrutó el vacío, pensativo —. Pero en alguna parte estará... Y los millones de millas del espacio, no son hoy cosa tan inaccesible como en el pasado.

—Sí, pero ¿cómo hallarlo? Puede uno pasarse años enteros en la búsqueda... ¡y Nueva York sólo tiene unas horas de vida por delante, para cumplirse ese ultimátum!

—Un momento—Jeffrey Scott estaba reflexionando con rapidez, profunda-mente. Su atlética figura rubia, erguida en medio de la ciudad desierta, era como la de un extraño titán, dispuesto a arrollarlo todo en busca de la verdad —. Imaginemos que ese refugio secreto de Elko Borzak, fue también una de las cosas que el profesor reveló a su captor o captora. Y que autores del crimen, se afincaron allí provisionalmente, mientras planeaban destruir Nueva York, como aviso al mundo entero, del gran poder que poseen. Es evidente que ningún lugar como el espacio exterior para dominar estratégicamente la superficie terrestre y poder bombardear Nueva York en determinado momento.

—Eso es cierto. Pero no aclara gran cosa — McClure parecía desalentado—. El peligro llegará posiblemente del espacio. ¿Cómo saber de dónde?

—A eso voy. Tenemos dos datos claros: los asesinos han elegido una hora: las doce del día, hora local. Luego a esa hora, el satélite, cuerpo celeste o lo que se le quiera llamar, está, forzosamente, ante el hemisferio nuestro.

—O envía una nave para bombardearlo. No tienen que coincidir necesariamente.

—Eso podría ser. Pero me inclino por la otra versión, como más factible. La hora escogida no es la misma para ninguna ciudad. Vamos a estudiar la diferencia horaria, y trazar una imaginario órbita que

pase a las horas prefijadas, por los puntos amenazados. Acaso no tengamos suerte y sea otro palo de ciego. Pero merece la pena intentarlo. Aún tenemos otro dato: si los micro-receptores están conectados con el escondite de esos criminales, la longitud de onda y la frecuencia, así como las ondas del receptor lejano, nos darán otra línea, acaso coincidente con la órbita imaginaria. Esos dos elementos conjuntados, pueden señalar una posición aproximada. Y en cosa de cinco o seis horas, con una astronave a supervelocidad, intentaríamos localizar su punto exacto.

—No carece de lógica — McClure le contempló admirado—. Y todavía puedo yo añadirle otro factor más, a tener en cuenta.

— ¿Cuál?

—Recuerde la radiactividad enorme de la «Energía Z». Es casi cien veces superior a la del uranio. Setenta y cinco, como cifra mínima. ¿Se imagina lo que un Contador Geyger, perfeccionado, puede dar de sí en esa búsqueda, si tienen consigo allí la «Energía Z» para bombardear la Tierra con partículas insignificantes de esa poderosa materia?

— ¡Cielos, McClure, es usted una maravilla sugiriendo ideas! — estalló Jeffrey—. Tiene toda la razón... Vamos a hacerlo como dice... Pero ¿y si los criminales tienen oculta la «Energía Z» en alguna cámara antirradiativa?

—Eso es lo más curioso de todo este caso, Scott. Yo creo que si los delincuentes hubieran aplazado unas fechas más su ultimátum, hubieran parecido víctimas de su propia codicia. La «Energía Z» carece de envoltura aislante perfecta. Vaya donde vaya, por poderosa que sea su capa refractaria para la radiactividad, no sirve de nada a la larga. La radiactividad se filtra, destruye el material envolvente, haciéndole poroso, y finalmente aniquila, en forma fatal, a los que viven cerca de ella.

— ¿Eso quiere decir que tarde o temprano...?

—Más bien temprano, Scott, los que mataron a Borzak, perecerán con sus propias armas. Bastará la vecindad de una cápsula, conteniendo un gramo de «Energía Z», para acabar con ellos. Yo le discutí ese punto a Elko, y él aseguró que carecía de importancia. Me parece que incluso lo olvidó, abstraído en su próximo y gran hallazgo. Pero yo no podía olvidar que, en tanto no se hallase la materia refractaria ideal, aquello era una muerte latente, insensible y cierta...

—Sí. Y ahora, todos cuantos están junto a la Energía Z... están virtualmente sentenciados a morir, sin ellos saberlo.

—Eso es lo terrible. Que su sueño de dominio y de grandeza es inútil... La radiactividad escapa. Puede ayudarnos grandemente a

localizar ese refugio secreto, si realmente es ahora la sede de los criminales. Pero... ¿y si no fuera así?

—Si no fuera así, de todos modos... — se encogió de hombros, escéptico, apoyándose en el muro de la enorme calle desierta y sin ruidos —. De todos modos, doctor, esta ciudad estaría perdida. Sólo tenemos ese camino para luchar. ¡Y lucharemos, aunque sea estéril! Todo, antes que cruzamos de brazos o huir como han hecho los demás...

—Bravo, muchacho. Me agrada su modo de ser. Me quedo con usted. Trabajaremos juntos. No hay mucho tiempo, para perderlo aquí. ¿Vamos ya?

—Si, vamos...

Echaron a andar hacia el vehículo del doctor, aparcado junto al bordillo. Antes de subir a él, una voz atrajo la atención de Jeffrey. Se volvió en redondo, mirando hacia la calle desolada. Una mujer venía a la carrera, gesticulando con violencia.

—Espere — avisó Scott —. Creo que tendremos que llevar con nosotros a una rezagada. ¿Dónde diablos estaría metida?

La mujer llegó hasta ellos. Era joven, y llevaba uniforme de doncella. Jadeando se detuvo junto a Scott. Le miró fijamente, y casi sin tomar aliento, le interpeló:

— ¿Es usted el señor Scott tal vez? ¿El agente del SIP?

Jeffrey, asombrado, enarcó las cejas, mirando a la muchacha. Luego, asintió.

—Sí, lo soy—declaró—, ¿Y usted?

—Mi nombre es Ethel. Soy doncella de la señora Borzak...

— ¡Cielos, eso es diferente! —la empujó con fuerza al interior del vehículo al subir McClure y él. Ella no se resistió—. ¡Vamos, dígame! ¿Dónde está su señora?

La doncella. Ethel le miró fijamente. Sus ojos reflejaban terror cuando declaró:

— ¡Oh, señor, fue horrible! Yo procuré escapar en su busca... y creo que me salvó de aquel el hombre espantoso, gracias a la multitud que le impidió perseguirme...

— ¿De qué hombre espantes» habla,, y qué fue lo que sucedió? — apremió Jeffrey, mientras McClure conducía a buena marcha por la ciudad desierta y sin obstáculos.

—Un hombre vestido de- negro... con una máscara de goma, fingiendo ser un rostro... Otros venían con él, de igual forma vestidos y enmascarados. Las caras eran iguales. Sólo se diferenciaban... en que los demás llevaban una letra P grande sobre el traje de negra malla...

y el que les dirigía, una letra. Z, Cayeron sobre la señora Borzak, la redujeron, llevándosela consigo. Yo hui, al gritarme mi señora que corriera en su busca... Y el espantoso hombre de la letra Z me persiguió..., pero pude burlarle. Al no dar con usted donde me dijo mi señora, volví aquí... y les he encontrado.

—De modo que no escapó — dijo Jeffrey fríamente, con la faz súbitamente lívida —. ¡La han secuestrado esos canallas! E incluso han dado la cara, aunque fuese enmascarada, para capturar a Greta Borzak... Raro, ¿eh, doctor McClure?

—Ese enmascarado de la letra Z — rezongó el médico —. ¿Alude a la «Energía Z» tal vez?

—No. Eda Z, doctor, significa «Zar». Era el. «Zar negro» en persona. Y le acompañaban los antiguos miembros de la pandilla de los «Príncipes Negros». Eso representaba esas letras truculentas en el traje.

McClure exclamó:

— ¡Cielos! Y ahora, si cuanto hemos deducido es cierto...

—Si cuanto hemos deducido es cierto, doctor McClure... Greta Borzak está condenada a morir, por la proximidad de la «Energía Z» y su mortal, lenta acción sobre el ser humano... si antes no la matan los criminales que poseen esa terrible arma de muerte y exterminio.

—Dios mío, pero ¿para qué han raptado a Greta Borzak? ¿Por qué precisamente a ella?

Jeffrey Scott volvió su rostro hacia el doctor, con expresión helada.

—En esa interrogante, doctor, creo que está precisamente la clave de todo este enigma... — declaró lentamente, sin añadir nada más.

CAPÍTULO IX

LA MADRIGUERA EN EL CIELO



L reloj era como un contrapunto escalofriante, un inquisidor inexorable, que les obligara a trabajar minuto tras minuto, segundo tras segundo, en un intento desesperado, loco, acaso erróneo y por ello totalmente inútil, de buscar la clave, la única forma humana de luchar contra la amenaza que se cernía sobre Nueva York, sobre todos los hombres... sobre Greta Borzak, de una manera más directa...

Dentro del pabellón encristalado del Departamento Cartográfico Celeste, abandonado también por los funcionarios correspondientes, solamente dos hombres, un joven y un anciano, mantenían encendida la luz de su fe, luchaban como auténticos tigres, sobre los grandes mapas celestes, los planetarios en relieve, los datos en cifras concretas, y las sumadoras y calculadoras mecánicas, completaban la labor ingente a desarrollar.

Las cifras empezaban a bailar una danza loca en la mente de Jeffrey Scott. A veces, una somnolencia peligrosa, le recordaba que era ya muy avanzada la madrugada, casi de día en el exterior, y que

no había dormido mucho las últimas noches. Tuvo que ingerir dos tabletas estimulantes, para ahuyentan el sueño, siquiera fuese artificialmente, durante las próximas y decisivas horas.

Fue situando en el gigantesco mapa celeste del muro, que tendría unos diez metros de altura, por casi otros tantos de anchura, las luces que iban marcando la órbita imaginaria concedida al supuesto refugio aéreo del difunto Elko Borzak. Los cálculos, traducidos en cifras, pasaban a un complicado mecanismo, que los traducía a su vez en luces posicionales, totalmente electrónicas y automáticas, sobre el cuadro celeste.

Jeffrey Scott miró con gesto excitado al doctor McClure, cuando el octavo dato subió al mapa celeste, y las luces fueron marcando la elíptica orbital del imaginario cuerpo espacial.

— ¡Esto cobra forma! silabeó roncamente Scott, peinándose con dedos nerviosos el cabello revuelto —. ¡Es una órbita perfecta... en torno a la Luna!

McClure asintió. Él también advertía eso ahora. Empezaba a tener fe en aquel joven de ideas rápidas y brillantes, de gesto combativo y sin desfallecimientos.

Fuera, a través de los grandes visores de cristal, la ciudad ofrecía su aire muerto, desierto y frío. El nuevo día, de un lívido y fantasmal azul, encontraba a Nueva York transformado en un enorme panteón, en un dédalo asombroso de vías desiertas, de edificios silenciosos y sin el palpar de las gentes.

Continuaron los trabajos de complicado cálculo en el Departamento Cartográfico Celeste. Siempre contra reloj, con creciente angustia, con vivísima inquietud...

Pero la búsqueda tomaba forma. Por momentos se iba delimitando una línea perfecta, una elipse formidablemente dibujada en el azul del espacio. Siempre tomando como centro planetario la Luna, pero sin ser satélite de ella, sino un auténtico planeta en giro amplio alrededor del satélite natural terrestre.

Tras el último cómputo, Jeffrey Scott clavó los ojos atónitos en el resultado final. Vivamente lanzó una interjección y desparramó los papeles llenos de cifras por los aires, y gritó, con voz aguda, señalando a la huella de luz trazada en el mapa del cielo solar:

— ¡Mire, McClure! ¡Ya lo tenemos! ¡Ya lo tenemos!

—Podemos estar en un error, Scott — avisó prudentemente el anciano —. No debe confiar demasiado en esto...

— ¿Es que no se da cuenta de algo? ¡En esa misma línea orbital... fue hallado el cuerpo sin vida de Elko Borzak! ¡No era el cadáver el cuerpo extraño y sin controlar que detectaban las pantallas

de radar... sino la presencia del refugio celeste de Borzak!

McClure le estudió asombrado. Meneó afirmativamente la blanca cabeza, con expresión muy vivaz.

— ¡Sí! masculló —. ¡Eso sí que podría ser, Scott!

— ¡Claro que lo es! A veces, el refugio secreto de Borzak sufría alteraciones en lo que posiblemente sea una pantalla magnética aislante, para evitar radiaciones sensibles al radar o a otro sistema de detección, y se delataba a sí mismo. Por eso el SIP buscaba ese cuerpo extraño, no reconocido en las cartas celestes oficiales. Y por eso, también, el cuerpo del asesinado flotaba en aquel punto del espacio. Otro gran enigma se aclara. ¡Borzak fue asesinado a bordo de su propia nave espacial, o base secreta, y arrojado luego al espacio, lejos del campo gravitatorio de dicho cuerpo!

—Dios mío, Scott. Y ahora que sabemos todo esto... — el anciano agitó sus manos con energía —. ¿Qué vamos a hacer?

— ¡Partir inmediatamente en busca de ese cuerpo espacial! — aulló Jeffrey Scott con virulencia, señalando a la huella de luces en la cartografía celeste —. ¡Y tratar de encontrarlo lo antes posible!

—Pero..., pero ¿cómo llegar con esta premura de tiempo a ese nivel espacial?

—Antes de entrar aquí, solicité del SIP una nave-cohete que disponga de supervelocidad. Espero que la hayan podido hallar. Ahora vamos a buscarla. Si disponemos de ella en escasos minutos alcanzaremos el objetivo propuesto. Después... ¡que Dios nos ayude!

* * *

En la mañana gris, de un metálico y lúgubre color, un cuerpo agudo y centelleante arrancó del desierto espaciódromo de Nueva York. Su rumbo original era hacia Venus. Pero luego, en pleno espacio, giró sobre sí mismo. Su punzante proa, apuntó hacia la órbita lunar, y aceleró hasta casi no ser visible.

A bordo, un potente detector Geyger, perfeccionado en las últimas décadas, y una poderosa estación captadora de ondas de radio funcionaban con intensidad en busca de la captación de unas u otras radiaciones...

La lucha por la localización del centro experimental del espacio, creado por el falaz y engañoso Elko Borzak, había comenzado.

Y apenas si el reloj concedía a los audaces expedicionarios un leve margen de cuatro horas para su empresa. Cuatro horas, era todo lo que les separaba del mediodía trágico, anunciado en el ultimátum...

¿Podrían, en tan escaso margen, lograr algo positivo y

Greta Borzak miró ante sí. Fría, inexpresivamente.

—Sé que voy a morir — declaró —. Pero no tengo miedo a la muerte.

La figura enlutada, con la gran letra Z sobre el negro torso de su ropa, y la faz sin expresión ni vida, del falso rostro de goma, no se movió de su posición erguida ante la joven cautiva. Una risa sibilante brotó de entre los labios de goma, que ocultaban los verdaderos.

—Morir, me parece algo horrible, en plena juventud— dijo con voz ronca, disfrazada —. ¿No teme a la muerte?

—No. Ni a usted.

—Yo maté al hombre que apareció en el cielo —dijo con lentitud el enmascarado, como recreándose en ello.

—Lo supongo. Ese hombre era mi marido.

— ¿Le amaba?

—No.

—Debe agradecerémelo. Yo la libré de él.

—Hasta hace poco, creí que usted sería un ser admirable, sólo por lo que hizo. Pero él tenía razón.

— ¿Él? ¿El policía joven? —la voz sorda vibró, irritada.

—Sí — ella le miró desafiante. Un centelleo helado iluminaba, el fondo de las papilas de la valerosa joven confinada en aquella angosta cabina metálica, a muchos miles de millas de la Tierra. Tras el rapto en Nueva York, había sido arrastrada a una nave gris, de proa negra, que la condujo hasta allí. No sabía dónde podía hallarse, pero evidentemente era lejos, muy lejos. En la madriguera celeste del hombre que se hacía llamar a sí mismo «El Zar Negro». En el escondite secreto del hombre que había lanzado su terrible ultimátum sobre Nueva York — ¡Ese policía joven no será vencido por un asesino como usted! ¡Yo sé que será capaz de derrotarle, al final de esta lucha!

—Mucho le ama, ¿eh? — dijo la helada voz del hombre enmascarado.

—Mucho, sí. Él tenía razón cuando aseguró que el hombre que mató a Elko Borzak, no sería mejor ni peor que mi propio marido, porque el asesino siempre es un ser despreciable. ¡Oh, Dios, qué razón tenía aunque yo no lo comprendí entonces! ¡Es usted un monstruo, un sádico feroz y diabólico, que perecerá, víctima de su propia y fanática ambición!

—Veo que el amor le cambió mucho, Greta Borzak... — dijo con acento glacial. Los ojos brillaban en las órbitas del enmascarado infernal —. Pero todo ocurrirá de modo diferente al dicho... El policía morirá. Cómo tú, como todo el que va contra mí... ¡Y yo dominaré al mundo... yo haré que me teman, con la «Energía Z» en mi poder!

Mientras se expresaba desquiciadamente, una luz hirió la mente de Greta. No era capaz de identificar el sonido de la voz, disfrazada por algún conducto metálico o vibratorio, bajo la máscara, ni tampoco los ojos, que a veces le parecían conocidos. Pero en aquellas palabras advertía algo... Algo raro, anómalo... ¿Qué era? Escuchó, mientras el «Zar Negro» aullaba, agitando sus brazos al aire, como si realmente estuviera dirigiéndose a las aterrorizadas masas de un mundo esclavizado:

— ¡Voy a acabar con todo el poder mundial...! ¡Voy a convertirme en el único amo de todo! ¡Aniquilaré cada ciudad, cada pueblo, cada territorio...! ¡Haré que me teman y me obedezcan ciegamente! ¡Yo, el «Zar Negro», el invencible y gran dominador del orbe, de la raza humana...!

Greta Borzak le escuchaba con los ojos dilatados, estremecida de horror. No por lo que estaba diciendo, sino porque acababa de descubrir qué era lo extraño en aquella arenga del enmascarado, qué raro detalle habíase mantenido durante toda la entrevista, sin variar jamás. Aquel hombre, quienquiera que fuese... ¡no pronunciaba nunca una letra! ¡Buscaba cuidadosamente las palabras, eludía citar un determinado sonido especial... la letra S!

Y solamente un hombre, en el mundo, podía tener esa obsesión para que no advirtieran su defecto vocal... su extraño y pronunciado ceceo...

— ¡Es inútil esa máscara!—gritó de súbito, con voz vibrante, que hizo detenerse, sorprendido, al «Zar Negro» —¡Sé quién eres...! ¡Tú mismo te has delatado, con la misma claridad que si hubieras pronunciado las «eses»! ¡No sé cómo pudo ocurrir... pero eres Elko Borzak..., mi marido!

El enmascarado masculló una interjección y se despojó de la máscara de goma. El rostro que apareció tras la careta lo había visto ya antes Greta Borzak. Rígido y sin vida, en el depósito de cadáveres. Azulado por la asfixia. Era el mismo rostro. El aborrecido y cruel de su marido, Elko Borzak.

—Muy bien — declaró con su voz ronca, sin cuidarse ya de cecear o no —. Zoy yo, Greta, yo mizmo... Ziempre fuizte muy inteligente, querida...

Pero Greta ya no le escuchaba. Se había desvanecido ante él.

Volvióse, pulsando un resorte de llamada. Se abrió automáticamente una puerta metálica en el muro. Dos figuras con la malla negra y la máscara de goma aparecieron en el umbral, armadas de pistolas térmicas. La letra P figuraba sobre su torso.

—Llévense a la muchacha — indicó, con un ceceo más fuerte que nunca —. Matadla. Ella sabe quién soy.

Los hombres asintieron. Uno de ellos cargó con Greta, sacándola de la estancia. El otro, se quedó con Elko Borzak, el asombroso enmascarado. Este le miró.

—Vamoz — dijo —. El plazo ze acaba. Dentro de una hora dizpararemos el Zuper-cañon nuclear... con la «Energía Z» hacia Nueva York... ¡Va a zer divertido!.

—Muy divertido, Elko Borzak— aseguró con voz helada el «Príncipe Negro» de máscara de goma, erguido ante él. La mano zurda arrancó esa máscara, mientras la derecha mantenía el arma fija en Borzak —. Pero tú no vas a divertirte más. El juego ha terminado...

El enmascarado de malla negra... era Jeffrey Scott, agente especial del SIP.

CAPÍTULO X

EL ZAR NEGRO



LKO BORZAK será ejecutado mañana en la Cámara Amarilla de la Penitenciaría del Espacio. Eso cierra el caso del cadáver en el espacio, Jeffrey...

Scott asintió lentamente.

Estaban reunidos allí unos pocos personajes. Estrictamente aquellos que habían vivido más de cerca la angustiosa aventura. Estaban los Ballard, cogiéndose fuertemente las manos, estaban Hans Larson, el doctor McClure... y Greta Borzak, muy pálida y vacilante.

También estaba Donald Callowan, jefe supremo del SIP, especialmente desplazado a Nueva York, nada más terminarse la alarma de las doce angustiosas horas, que mantuvieron desierta y silenciosa como un cementerio a una ciudad de veinte millones de habitantes.

Tras la noticia de la ejecución de Elko Borzak, dada por Callowan, Jeffrey Scott leyó en todos los ojos la misma pregunta muda, la misma curiosa sorpresa por la vertiginosa, fácil conclusión de un hecho tan dramático y tan siniestro como aquél.

Para muchos, incluida Greta Borzak, era un misterio el final, como lo era la milagrosa aparición de Jeffrey Scott y el doctor McClure, bajo las ropas de los «Príncipes Negros», a bordo del refugio sideral de Elko Borzak, el «resucitado».

— ¿No va a contamos cómo llegó a sus conclusiones y de qué modo lograron usted y McClure la hazaña de capturar a ese loco asesino, sin lucha ni peligro para la ciudad amenazada de destrucción

— inquirió Callowan, haciéndose portavoz de todos los demás.

—No tiene mucho que contar. Todo es sencillo, una vez ha ocurrido. Y fue una lógica conclusión de todo el asunto, puesto que lo realmente difícil era deducir quién sería el culpable, el misterioso «Zar Negro», y por qué ocurría todo aquello. Una vez localizado el refugio sideral de Borzak, y puesta en práctica la utilización de una poderosa campana electro-magnética que nos aislara de posibles detecciones por parte del equipo técnico de a bordo, acercarnos sin ser advertidos, era fácil. Y situado el cohete del SIP justamente sobre su capa superior o envoltura abovedada, que era de un metal negro-gris, muy difícil de descubrir en el espacio, totalmente refractario a los reflejos luminosos, entrar allí fue lo más complicado-. Pero yo viajé hacia esa madriguera de asesinos bien pertrechado. Un juego de tubos magnéticos hizo funcionar el sistema electrónico de acceso, y la puerta se abrió. McClure' y yo entramos sin ser advertidos. La sorpresa para ellos fue total. Eran cuatro los supervivientes de la banda de «Los Príncipes Negros» alistados bajo el pabellón de Borzak. Cayeron sin advertir siquiera qué sucedía, cuando disparé una cápsula adormecedora. Luego, nos vestimos con las ropas de dos de ellos, mientras «El Zar Negro» hablaba con Greta. Y fuimos a prenderle, confiados en que no nos descubriría, para evitar que hiciera daño a la muchacha, hasta que cualquier reacción violenta suya fuese totalmente imposible. Como así ocurrió.

—Pero usted no se sorprendió al saber que era Elko Borzak — apuntó Callowan —. ¿Es que ya lo sabía, Scott?

—Sí. Lo había empezado a sospechar. Y el rapto de Greta me confirmó tal idea. Era demasiado casual que toda la maldad, falsía, avidez de grandezas y odio a la humanidad, que describían la personalidad de Elko Borzak, encajaran tan perfectamente en «El Zar Negro». Parecían una misma persona. ¿Por qué secuestrar a Greta, si no era por odio, por venganza o por sádico placer de hacer sufrir a su víctima de siempre? Entonces pensé que, en realidad, nadie había visto a Judd Borzak, muerto en el barranco, sino un vehículo destrozado y un cadáver «fuera» del coche, que se creyó había sido Judd, logrando salir del coche incendiado. Su estado no permitía reconocerle, y se dio por sentado que era él.

»Yo tuve otra teoría. ¿Y si Judd había logrado salir del coche, éste aplastó a un viajero o un campesino, carbonizándole, y Judd desapareció entonces para eludir otro posible intento de asesinato asustado por la maldad de su hermano? Eso lo explicaba todo. Elko siguió adelante, tras el fin de su hermano a quien odiaba. Su plan era alcanzar la «Energía Z», pero no para fines nobles ni dignos, sino para convertirse en amo total del mundo. Por eso apartó de sí a McClure y

a todos. Se procuró la colaboración secreta de los «Príncipes Negros», a quienes tal vez refugió en su santuario sideral, cuando huían hace un año de la persecución del SIP, y ellos fueron sus más leales colaboradores. Con ellos, dominaría el mundo. Disponía de sus naves con mando a distancia. Las que envió contra mí, al saber que yo iba siguiendo una pista que acaso me hiciera descubrir que Judd vivió hasta poco antes, y que precisamente por seguir vivo Judd, a quien había descubierto Elko antes de su fingido viaje a Ciudad del Polo Sur, concibió su audaz plan, que le situaba al margen de toda sospecha. Hizo secuestrar a su infortunado hermano, que le rehuía cuanto le era posible, para no volverse a hallar jamás. Come gemelos, eran muy parecidos. Tanto, que provocándole una muerte deformante, como la asfixia, hasta su mujer le confundiría. Rodeó de misterio ese crimen, dándole a su hermano la bola de grasa mortal, que tanto desconcertaría a nuestros médicos, grabó la cinta magnetofónica con su voz ceceante e inconfundible, para completar el juego. Todo eso obedecía al plan previsto, que haría creer a todos que el muerto hallado en el espacio era Elko Borzak.

«Todo salió bien. Dispararon el cadáver al vacío y esperaron. El juego resultó. Él, entre tanto, disponía su plan de dominar al mundo. Obró con alguna precipitación sobre lo previsto. No supe bien por qué, hasta pensar que acaso en el restaurante de Manhattan donde cenamos Greta y yo aquella noche, había otro de sus diabólicos y diminutos ingenios micro-receptores y emisores, con grabación magnetofónica de sonido. Supo así que yo iba a ocultar a Greta y hacerla vigilar. Él quería tenerla siempre consigo... o matarla. Todo, antes de que ella fuera la esposa de otro hombre y alcanzara la felicidad a que tenía derecho. Todos sabemos el gran sádico, el feroz monstruo de maldad y egoísmo que era Elko Borzak.

— ¿Por eso provocó el pánico general y entretanto la raptó?

—Sí. Era matar dos pájaros de un tiro. Luego, si no había rendición, su «Energía Z», que jamás había sido robada, sino celosamente creada por el monstruo para dominar a los mundos, empezaría el plan destructor. Ya les he contado cómo el doctor McClure y yo, guiándonos por simples teorías, localizamos el refugio secreto de Borzak, en órbita alrededor de la Luna, pero fuera del campo de observación común de los astrónomos, por su carencia de luminosidad y su variante posición.

— ¿Es ciertamente mortal la radiación de la «Energía Z»?

—Sí, lo es. Borzak, de no ser ejecutado mañana, escaparía a la justicia humana. Está gravísimamente contaminado, y es cuestión de semanas o meses su lenta muerte, con el cuerpo cuajado de radiactividad mortal. Él, tan astuto en todo, siempre dio de lado los

peligros de la tremenda radiación mortífera. Vivió sólo pendiente del poder destructor de esa energía sin cuidarse de lo demás.

—La señora Borzak estuvo también sometida a esas radiaciones a bordo de la nave espacial — apuntó Callowan —. ¿Corre peligro tal vez?

—No — denegó Jeffrey —. Según los técnicos, son precisas más de doce horas sometidas a la proximidad de un envase con «Energía Z», para que el organismo asimile el virus de muerte.

—Y eso cierra el caso — suspiró Donald Callowan —. Parece increíble a lo que puede llegar el cerebro humano mal orientado.

—Borzak fue siempre un Ser anormal. Odiaba con ferocidad, no se detenía ante el crimen... y ambicionaba el poder y la gloria — comentó Scott —. Era curioso que tuviéramos ante nuestros ojos la auténtica solución, la personalidad exacta del asesino. Pero la pantalla del falso crimen, de la identidad errónea del cadáver hallado en el espacio, nos desconcertaba por completo.

— ¿Por qué Judd no me dijo que seguía con vida?— se lamentó la señora Ballard, con lágrimas en los ojos—. Todo ese tiempo creyéndole muerto y...

—Y Judd Borzak viviendo... oculto a todos — asintió Jeffrey —. Era cobarde. Temía a su feroz hermano. Nunca sabremos exactamente si Elko fue un Caín por simple aversión incluso a su propia sangre, o porque Judd había ido demasiado lejos en la lectura del carácter de su hermano. No olvidemos que Judd no era ningún tonto. Tal vez imaginó lo que Elko pensaba. Y al decírselo, al advertirle, firmó su sentencia de muerte. O también tendría su influencia el hecho de que súbitamente, Elko Borzak, con esa sádica inconsciencia suya, hubiera deseado realmente a Helen, y pensara en eliminar a su prometido. Mentes como la de Borzak, no logra uno entenderlas nunca del todo. Son demasiado retorcidas, demasiado terriblemente crueles y perversas.

—Su final cerrará el caso — Callowan miró a Greta, que sollozaba roncamente —. De nuevo usted, señora Borzak, será la víctima principal, la que peores momentos tendrá que pasar...

—Lo peor ha pasado ya — suspiró Greta, mirándole con simpatía —. Gracias por todo, señores. Creo que me marcharé de Nueva York, al menos una temporada. Renuncio a todo lo que poseía Elko. No quiero nada suyo. Ni la casa, ni cosa alguna que me lo recuerde. Me hubiera matado fríamente, de no llegar Jeffrey, lo sé. Era una fiera, un ser abominable. Si pudiera olvidar....

—Olvidará, Greta, no lo dude — musitó Jeffrey Scott, acercándose a ella —. Si necesita un amigo leal para ayudarla, aquí

me tiene.

—Gracias, Jeffrey — musitó ella, esperanzada Pero usted se debe al SIP, a sus obligaciones... No podrá cuidar de mí en estos momentos.

—Oh, no se preocupe por eso — intervino Callowan —Scott tiene ahora vacaciones. Un permiso quo yo aplacé hasta terminar con este caso. Ahora se lo ha ganado sobradamente... Claro que, a lo mejor, él tiene proyectos ya trazados... Recuerdo a cierta jovencita francesa llamada Colette, muy bonita y complaciente, y lo maravilloso que debe ser ahora la Riviera francesa, en esta época del año...

Jeffrey Scott le miró con aire irritado y resopló. Callowan reía, feliz, extrayendo un largo cigarro habano.

—No diga tonterías, señor— le reprochó Scott. Y volviéndose a la joven, indagó—: ¿Adónde piensa ir a descansar,. Greta?

—No sé... Tal vez al Brasil. Creo que aquello me sentará bien...

Jeffrey asintió. La voz suave, burlona, de Callowan, interrogó a su agente:

—Y usted, mi querido muchacho... ¿dónde ha resuelto pasar sus vacaciones? ¿En la Costa Azul... o en Río de Janeiro?

—En Río, naturalmente —rezongó Scott—¿Quién habla aquí de la Costa Azul?

Greta le miró con una tenue sonrisa de gratitud y de esperanza. Jeffrey le devolvió esa mirada.

Y Donald Callowan, que conocía mucho a los hombres y a las mujeres, suspiró al encender su cigarro con parsimonia.

—Siempre ocurre igual — rezongó —. Cuando hay un buen agente en nuestras filas... hay que ir pensando ya en concederle la baja...



COLECCION
DOCUMENTALES - DEL
MUNDO



¡ENTÉRESE
USTED,
EN
FORMA
AMENA
Y AGRÁ-
DABLE,
DEL
VERDADERO
CÓMO Y
PORQUÉ
DE LOS
GRANDES
ACONTECIMIENTOS

MUNDIALES!

SEPA

USTED

EXPONER

LOS

AUTÉNTICOS

MOTIVOS

DE TAN

IMPORTANTES

SÚCESOS

CUANDO

HABLE

DE ELLO

CON

SUS

AMISTADES.

**¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS
LIBROS!**

El Japón en la era americana

Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país
milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

**¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los
alemanes!**

**Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIGON**

**¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!**

**¡MAS DE 200 PAGINAS CADA
VOLUMEN, DE ELLAS
40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL
CUCHÉ. FORMATO
18x24, ESPLÉNDIDAMENTE
PRESENTADOS, CON SO-
BRECUBIERTAS EN COLOR!**

**¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo
50 pesetas ejemplar**

COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 21.— La banda del cerebro.— *W. Sampas*
- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampas*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampas*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Sólo ellos eran capaces de moverse en las tinieblas! Una banda, una mujer bonita y...

LA BANDA DE LOS NICTÁLOPÉS

Naturalmente, esta es una novela impresionante porque la ha escrito W. SAMPAS.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIÓN
TORA

En Argentina: 9 pesos